559

EL TEATRO
MODERNO

Felipe Sassone
EL AMOR NO SE RIE

Gago
XXIX

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Felipe Sassone

EL AMOR NO SE RIE

PASATIEMPO ALEGRE
Y SENTIMENTAL EN
TRES ACTOS

Estrenado el 18 de agosto de 1923, en el
Teatro Victoria Eugenia de San Sebastián

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 14-IX-1929 NÚM. 212

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Delfina...	*Catalina Bárcena.*
Doña María...	*Ana María Quijada.*
Milagritos (criada)...	*Milagros Leal.*
Javier Otarrial...	*Manuel Collado.*
Juan Antonio...	*Luis Manrique.*
Don Román...	*Carlos M. Baena.*
El barón de Listadeoro...	*Luis P. de León.*

ACTO PRIMERO

Salita, ni muy pequeña ni muy grande—cinco lados de un octógeno—, ni la mejor ni la peor, de una casa lujosa y de exquisito gusto. Los dos primeros paños, derecha e izquierda, perpendiculares al público; los dos segundos, oblicuos, de abajo a arriba, naturalmente, y el quinto, un poco más largo que los demás, de frente al público. Puerta al foro centro. Forillo de pasillo. A la derecha, musiquero; a la izquierda, un escritorio de señora. Paño oblicuo de la derecha, piano vertical; paño oblicuo de la izquierda, ventanal con cristales de colores; paño recto de la derecha, sofá a lo largo de la pared y dos sillones; paño recto de la izquierda, puerta que da a las habitaciones interiores. Hacia el centro de la escena, pero un poco hacia la izquierda y hacia primer término, una mesa regular, con tres sillas. Sobre el "parquet", tres alfombras de distintos colores: una, la más grande, bajo la mesa; otra, mediana, bajo el estrado que forman el sofá y los sillones, y otra, la más pequeña, bajo el escritorio. Mejor dicho: la alfombra del estrado es una piel muy buena, y la alfombra que dijimos debía estar bajo el estrado, estará bajo el piano. De sabios es mudar de consejo. Sobre el musiquero, un bonito jarrón con flores. Sobre el escritorio, una lámpara de enchufe. Sobre el piano, otra lámpara más grande. Entre el sofá y el piano, una lámpara de pie. Bibelotes, estatuas, cuadros, sobriamente y sin cargar. Un aire moderno, vario, elegante y alegre. Un espíritu de señorita de buen gusto por todo el ambiente.

ESCENA I

Es un poco más de las cinco de la tarde del Jueves Santo. *Milagritos*, criada andaluza, pizpireta y monísima, ataviada como corresponde a la casa donde sirve, más un poco de coquetería natural, trata de recordar, con un dedo y muy torpemente, en el piano el motivo melódico de un *fox*. *Doña María*, dueña de la casa, una señora de cuarenta y cinco años, muy guapetona y muy formal, aparece por la puerta de la izquierda.

MARI. ¡Vaya por Dios! Pero, Milagros; pero esto, ¿que es?

675426

(Imitando el modo de hablar de la criada, y poniendo los brazos en jarras.) Ez andaluza, na máz que ezo.

ROMAN. Puz ezo... es una insolencia.

MARIA. Eso me ha parecido a mí, sin que se entere Delfina. Una insolencia que no hay más remedio que tolerar para que no se enfade la señorita Delfina. Hay que convenir en que has educado muy mal a tu hija.

ROMAN. Hemos, María, hemos. Pero aún es tiempo, y habrá que ponerle remedio. Esto no puede seguir así.

MARIA. No puede seguir, Román. Ya ves: las genialidades de nuestra hija han ahuyentado a todas nuestras relaciones. Aquí no viene nadie, lo que se dice nadie. El profesor de baile, la profesora de inglés y el novio de Delfina. Y en cuanto aprenda inglés, y aprenda baile, y se case... no sé lo que va a ser de esos muchachos. Solos, boicoteados, que ésa es la palabra. No sé lo que van a hacer.

ROMAN. ¡Reírse! Sí, mujer, sí; reírse. Mi sobrino Juan Antonio está tan loco como nuestra hija; ¡por eso se entienden a las mil maravillas y se ríen de todo! Ahora, que yo llamaré al orden hoy mismo a Delfina y a su "soubrette".

MILAG. *(Que entra por el foro con unos paquetes.)* Con permizo.

MARIA. ¿Qué buscas aquí tú?

MILAG. Zeñora, zólo buzca... el que ha perdío algo, y a mí no me ze ha perdío nada. Ahora... que traigo... lo que tengo que traer. ¡Na máz que ezo!

MARIA. *(A Román.)* ¿Tú ves qué manera de contestar?

ROMAN. María, la verdad, ahora yo no veo en ello ninguna falta de respeto: es una contestación reposada, excesiva tal vez; pero lógica.

MILAG. *(Que ha colocado los paquetes sobre el piano.)* ¡Ole, mi zeñorito!

ROMAN. Chist, a callar. ¿Qué es lo que traes?

MILAG. ¿Pueo conteztar ya?

MARIA. Sí, mujer; para eso te preguntan.

MILAG. Pos... mil pitillos egircios, de ezos con punta dorada, que encargó la zeñita Finita. ¡Egircios! Tabaco de Tutancamen, del Faraón. Na máz que ezo.

MARIA. ¡Esa es otra! La señorita, una señorita, porque lo es, ¡fumando como un carabinero!

DELFI. *(Que en ese momento ha aparecido en el foro con mantilla negra y* Bel-Ami *en brazos.* Bel-Ami *es un perrito japonés, muy chiquitito y muy mono.)* Perdón, mamaíta; los carabineros no fuman de eso; a lo sumo, lo decomisan. Buenas tardes, papá. *(Empieza a quitarse la mantilla, que durante el diálogo dobla y entrega a la criada; dejando el perrito sobre la mesa.)*

MARIA. ¿Y las señoritas sí fuman, verdad?

DELFI. ¡A ver!

MARIA. Pues yo no he fumado nunca, y he sido también señorita; me parece a mí.

DELFI. Señorita... antigua; las señoritas modernas ya somos de otra clase. Hay que saber idiomas, hay que bailar, hay que salir sola, hay que fumar...; pues yo hablo idiomas y fumo..., ¡y me entiendo y bailo sola! *(Al perrito.)* ¿Verdad, tú? *(Le da un beso y luego se lo entrega a la criada.)* Toma, llévate a "Bel-Ami", y dale su merienda. *(Milagritos hace mutis por el foro, llevándose al perrito.)*

MARIA. *(A Román.)* ¿Y tú no le dices nada? ¿Esa era toda tu energía?

ROMAN. Aguarda, mujer. Delante de la doncella no era el momento, me parece.

DELFI. ¡Ah! ¿Es que hay reprimenda preparada?

ROMAN. Creo, Delfina, y empecemos por el principio, creo, primero: que eso de fumar es hombruno y, además, superfluo.

DELFI. Y yo creo que sólo lo superfluo es lo agradable y lo bonito. Las golosinas no son alimento, ni las joyas vestidos, y sin embargo...

ROMAN. Bueno, bueno, calla. No me vengas ahora con filosofías.

DELFI. *(Con cómica extrañeza.)* ¡Ah! ¿Esas son filosofías? Bueno.

ROMAN. Aprende de mí, que no fumo.

DELFI. ¡Anda! Porque mamá es tonta.

MARIA. ¿Qué dices?

DELFI. Que no me fiaría yo tanto de un hombre que no fuma. ¡Ja, ja, ja! Papá no tiene vicios menores.

ROMAN. ¡Pero chica!

DELFI. Sí, sí, a mí me la ibas a dar tú...

ROMAN. ¡Pero chica!

MARIA. Bueno, esto es de lo que no hay...

DELFI. ¿Sabes cómo me llamaban en el colegio? Pues... ¡la hija de Don Juan Tenorio!; por algo será, digo yo.

ROMAN. *(A su mujer.)* ¿Pero tú oyes esto?

MARIA. Tú eres el que lo estás oyendo y no protestas.

ROMAN. Bueno, mira; es que... *(Delfina se ríe.)*

MARIA. No tengo nada que mirar. ¡Eres un bragazas!

ROMAN. ¡María, María!

MARIA. ¡Román, Román! Como la muy pícara te alaba en tu vanidad de conquistador, le consientes todo. Eres...

ROMAN. Mira, basta, María; yo no quiero oír lo que soy; no quiero enterarme de tus opiniones. ¡Se acabó, ea!; no tengo ganas de disputas. Ahí os quedáis. *(Mira su reloj.)* Tengo una cita. *(Medio mutis.)*

DELFI. *(Prorrumpe en una carcajada.)* ¡Ja, ja, ja!

ROMAN. *(Volviéndose muy enfadado.)* Tengo una cita con mi abogado, ¡caramba!; ya es la hora; conque hasta luego. Y tú, déjate de bromas y no infiernes a tu madre. Hasta ahora.

DELFI. Adiós, papaíto, *(Le da un beso, en el foro, y bajando a sentarse a la mesa dice aparte:)* Divide y reinarás.

MARIA. ¿Qué dices?

DELFI. Nada..., pensaba. Soy mujer y señorita; pero pensaba. ¿Qué raro, verdad?

MARIA. ¿Me quieres decir de dónde venías con el perrito?

DELFI. *(Con un susto cómico ante la severidad intempestiva de la pregunta.)* ¡Ay! De visitar estaciones.

MARIA. ¿Pero has llevado el perro a la iglesia?

DELFI. Sí, señora.

MARIA. Pero... ¿es que estás loca?

DELFI. No, señora. El perrito es japonés.

MARIA. ¿Y eso qué tiene que ver? ¡Qué disparates contestas!

DELFI. Aguarda, mujer, que te explique. El perrito es japonés, y todos sus antepasados probablemente adoraron a Buda. Yo lo estoy cristianando poquitito a poco, y lo llevo a las iglesias. Me parece...

MARIA. Me parece, Delfina, que tú no estás buena de la cabeza. Ya no es posible hablar formalmente contigo, ni que hagas nada a derechas. Has ahuyentado de casa a todas las visitas.

DELFI. La soledad hace fuerte.

MARIA. ¡Y dale! ¿Es que no puedes hablar sin burlarte?

DELFI. ¡Ah! ¡Yo no tengo la culpa! La vida..., la vida es siempre una cosa cómica, en cuanto la sepas mirar. La vida, ha dicho un poeta...

MARIA. Mira, Delfina, no me desesperes...

DELFI. La vida es una farsa, divinamente urdida por un Dios impasible, satírico y burlón.

MARIA. ¡Muchacha! ¡Eso es una blasfemia, un pecado!

DELFI. Mejor.

MARIA. ¡Ay, ay, Dios mío! ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo?

DELFI. Cuando me voy a confesar, y le cuento al cura nuestras peloteras, me dice siempre que no son pecados, que son tonterías. Ya me voy cansando de que me llamen tonta por no pecar.

MARIA. ¡Ay! ¡No, no, no; yo no puedo oír esto, yo no puedo soportar esto; me van a dar las viruelas!

DELFI. ¡Ja, ja! ¡A la vejez, viruelas!

MARIA. ¡¡Delfina!!

DELFI. ¡Aouf! *(Dando un grito cómico va hacia ella.)* No te enfades; no te enfurruñes tú, mamaita.

MARIA. Quita, quita, deja.

DELFI. No te enfurruñes: no te he querido llamar vieja. ¡Si estás guapísima y primaveralísima!

MARIA. ¡Ay! Deja, sosiégate. Me arrugas el traje.

DELFI. Te compras otro. Para eso somos millonarias.

MARIA. ¿Pero me quieres decir qué te has propuesto?

DELFI. Me he propuesto estar alegre, que todo el mundo esté alegre y que todo el mundo haga lo que le dé la gana. Anda, dame un beso.

MARIA. ¡Ay, señor, señor! Toma el beso. ¡Qué hija ésta!

DELFI. Qué hija más alegre tengo, eso debes decir; y yo, qué mamá tan requeteguapísima y tan retebuena. ¡Huy! *(Cogiéndole la cabeza con las dos manos, la besa con estrépito.)* ¡Toma, toma, y toma!

MARIA. ¡Bueno! Y ahora... a peinarse, claro está. ¡Qué loca eres, hija!

DELFI. Mejor. Ahora te peinas y me das unas horitas de tregua hasta la noche. A la noche me vuelves a reñir, ¿quieres?, cuando me fume el primer cigarrillo de sobremesa.

MARIA. ¿Pero es que de veras no puedes hablar en serio?

DELFI. ¿Tienes mucho empeño, mamá?

MARIA. ¿Cuándo será el día en que te vea llorar?

DELFI. ¿De veras tienes mucho empeño? Yo no me acuerdo de haber llorado nunca, ni quiero llorar. ¿No sería ofender a Dios, llorar como una desgraciada cuando precisamente nos colma de bienes? He vivido poco, gracias a Dios; he leído mucho, gracias a esta educación moderna que os empeñáis en darme; pero sin haber vivido tanto, no sé por qué se me figura que no dicen verdad los libros que aseguran que uno se teje la vida a su antojo. Es la vida, por el contrario, la que nos maneja a su capricho, y hay que aceptar la vida tal como es: si alegre, seriamente alegre; si triste, seriamente triste. Sólo presiento una cosa, seria y definitiva: la muerte. La presiento y no la sé, porque no la

he visto nunca cerca de mí. Tú estás joven y fuerte; papá también; el perrito también; a mí no me duele nada, ni en el cuerpo ni en el alma. Mi novio es a gusto tuyo, a gusto de papá, a gusto mío; gozo de una renta que no me impedirá nunca satisfacer mis caprichos, aunque fueran muchos, y tengo muy pocos. Porque río, porque corro, y voy, y vuelvo, y salgo, y torno y tengo limpia la conciencia, duermo con un solo sueño, y allí donde pongo la cabeza allí despierto, con ganas de cantar como un pájaro. Me parece lindo el Sol, y linda la Luna, y hermoso el cielo, y hermosos los prados, y armonioso el mar, y ridícula y graciosa la gente: ¿qué derecho tengo para llorar? Pero sigue riñéndome, dime que no me quieres, y verás cómo lloro.

MARIA. No, no, eso no; calla.

DELFI. Te da miedo, ¿verdad? A mí también. Acaso cuando llegue la hora de llorar y llore, nos pudiéramos ahogar todos con mi llanto.

MARIA. ¡Ay, chica, calla, calla! *(Transición.)* ¿Quieres ya tomar el te?

DELFI. No, es muy temprano. Tómalo tú, si quieres. Anda. Alegría y libertad es la divisa. Conque a hacer cada uno lo que le dé la gana.

MARIA. Pues yo voy a tomarlo. *(Inicia el mutis por la lateral.)*

DELFI. *(Levantándose y agitando un pañuelo.)* ¡Mamá!

MARIA. *(Volviéndose.)* ¿Queee?

DELFI. ¿Paz?

MARIA. Sí, demonio, sí, paz. *(Se acerca y le da otro beso.)* ¡Vaya! ¡Ay!

DELFI. ¡Ay! *(Doña María hace mutis, y Delfina da un pequeño paseo por la escena.)*

ESCENA III

Delfina y Milagritos.

DELFI. *(Sentada en la mesa.)*

MILAG. *(Saliendo por el foro.)* Zeñita Finita.

DELFI. ¿Qué hay?

MILAG. ¿Ze fué muy enfadá su mamá de uzté?

DELFI. Se enfurruñó un ratito, y se consoló luego. ¡Es más buena que el pan!

MILAG. Conmigo ze enfadó muchízimo, zeñita. Porque me encontró sacando al pinao, con un deo, eze fo que uzté está aprendiendo a bailá.

DELFI. ¡Ah! ¿Sí?

MILAG. A lo primero fué y me dijo, dice: Que era Juevez Zanto, y no ze podía tocá, y después que yo era la donzella, y las donzellas no tocaban. Y entonces yo fuí y le dije, digo: Zi no puedo tocar por donzella sobra lo del Juevez Zanto, porque tampoco podré tocá ningún día.

DELFI. ¡Naturalmente! Ni el día del Corpus ni el de la Ascensión.

MILAG. Ezo mismo le dije, zeñita. ¿Lo oyó uzté?

DELFI. No; pero te conozco; por algo eres mi discípula...

MILAG. Ezo, zí, zeñita: zu dizcípula y zu zobrete para toda la vida.

DELFI. Bueno, sí; pero ahora dame ese libro, que voy a estudiar mi lección de inglés.

MILAG. Zí, zeñita. *(Coge un libro del escritorio y se lo da, y luego, yendo al foro, cogiendo cada lado del delantal con dos deditos, hace una reverencia dieciochesca.)* Con zu permiso de uzté.

DELFI. *(Sentada, leyendo su libro. La pronunciación inglesa está figurada.)* Cabeza, jed; pelo, jead; frente, forjed; ojo, ai; cejas, aibraus; cara, feis; nariz, neuz; boca, mauz; lengua, tong. *(Vuelve a decir otra vez lo mismo, y a cada punto y coma, es decir, a cada cosa con su traducción, da un golpe sobre la mesa con el puño, sin ruido, con la parte inferior y blanda de la mano. Lo dice con un tono de lección de chico que está aprendiendo, y el golpe con la mano es siempre rítmico. Se levanta y deja el libro para decirlo de memoria, paseando.)*

Cabeza, jer; pelo, jead..., jead..., pelo, jead...; ojo..., ojo... ojo... *(Vuelve a la mesa y coge el libro, y sigue paseándose con él en la mano y leyendo.)* Ojo, ai; cejas, aibraus; cara, feis; nariz, neuz; boca, mauz; lengua, tong. ¡Ah! *(Se sienta, pone el libro abierto boca abajo y mueve los labios como si hablara, y es que repite para sí de memoria, y va señalando con el dedo en su cara cada cosa que dice. En la última palabra saca la lengua y pone un dedo sobre la lengua. Lo que dice es cabeza, pelo, frente, ojo, ceja, nariz, cara, boca y lengua. Después aplaude muy contenta y grita:)* ¡Ah! ¡Me lo sé, me lo sé! *(Sigue leyendo en voz baja.)*

ESCENA IV

Delfina, y por el foro, *Juan Antonio,* que es un muchacho joven y elegante, y el *Barón de Listadeoro,* hombre de unos cuarenta años, exageradamente elegante, muy colorado, muy rubio y muy calvo. *Juan Antonio* entra con gabán de entretiempo, negro, cogida la manga derecha hasta taparse el puño y la mano y moviendo el brazo como si fuera la trompa de un elefante. En las dos ventanillas de la nariz lleva sendos cigarrillos fingiendo los colmillos. Mientras el *Barón de Listadeoro* se queda en el foro, él avanza hasta la mesa del centro, de puntillas, sin que lo sienta *Delfina,* y levantando el brazo, y a la vez la pierna del mismo lado, lanza un grito estriduo. imitando al elefante.

JUAN. ¡Huif!

DELFI. ¡Hola, elefante!

JUAN. ¡Huif! *(Coge con la mano con que hace la trompa papeles y lápices y los tira por el aire.)*

DELFI. Quieto, elefante, quieto. *(Cogiendo una regla.)* ¡A ver, a hacer el ejercicio!

JUAN. *(Dejando de hacer el elefante.)* No, el ejercicio no; traigo una visita.

DELFI. *(Reparando en el Barón y haciendo una re-*

verencia idéntica a la que hizo la criada.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Caballero!

BARON. ¡Señorita!

JUAN. Fernando Cara Alegre, barón de Listadeoro.

DELFI. ¡Caballero!

JUAN. Me dijo...

BARON. Que ya tenía el honor y el placer de conocer a la señorita Delfina...

DELFI. ¿Sí?

BARON. El verano pasado, en San Sebastián. Nos encontrábamos siempre en el teatro del Casino, en los conciertos de Rubinstein.

DELFI. ¿En los conciertos?

BARON. Sí; después nos veíamos en el salón de juego. Yo jugaba una combinación famosa en la ruleta: cinco, catorce, veintitrés, treinta y dos, los encarnados del centro y el sector dos, seis, diez y siete, veinticinco, treinta y cuatro. ¿Se acuerda usted?

DELFI. ¿Dos, veinticuatro, treinta y cuatro, cuarenta y nueve? No recuerdo, la verdad.

BARON. Es sensible. La marquesita de Rocatallada nos presentó una noche...

DELFI. ¿La marquesita de Rocatallada? ¿Entonces usted?... *(Estalla en una risa incontenible.)* ¡Ja, ja, ja, ja!

JUAN. ¡Pero Delfina!

BARON. *(Muy azorado.)* Señorita, yo la, le, lo, le, lo...

DELFI. ¡Ja, ja, ja! Sí, señor; sí, recuerdo... ¡Ya lo creo! ¡Ja, ja, ja!

JUAN. ¡Pero Delfina, chiquilla!

DELFI. Sí, recuerdo, recuerdo. El señor me hizo el amor... ¡Ja, ja, ja!

BARON. *(Esforzándose por ser amable.)* Sí, en efecto, lo confieso. Tuve la sinceridad, la osadía de hacer lo que de atreverse, harían todos: solteros, casados, viudos.

DELFI. Niños y militares sin graduación. ¡Ja, ja, ja! El barón es muy romántico. ¡Ja, ja, ja!

BARON. Señorita, yo la, le, lo, le, lo.

DELFI. Siéntese, siéntese. Y usted disimule: yo soy asi,

muy alegre. Ya sabe usted que soy muy alegre. Además, me acuerdo del lance. *(Le vuelve a dar el ataque de risa.)* No puedo, no puedo.

JUAN. *(Ya verdaderamente intrigado.)* ¿Pero de qué lance, mujer? Cuéntalo, que me ría yo también.

BARON. No, si yo... la...

DELFI. Fué una noche que el barón había perdido mucho. ¿Usted me permite que lo cuente?

BARON. Señorita, yo...

JUAN. Cuenta, cuenta.

DELFI. Nos asomamos a uno de esos balcones de piedra que dan al mar. Todo era romántico. ¿Verdad, barón? Noche de Luna. La Luna de los poetas, la Luna de Pierrot, la Luna de Valencia; digo, de San Sebastián. El mar de plata.

JUAN. Eso está en la Argentina, mujer.

DELFI. Bueno. El mar musical y azul. El barón empezó a hablarme de amor...

BARON. Yo, la, el medio, la noche, la afrodisia marina, pues claro...

JUAN. Sigue, sigue.

DELFI. El barón, que es muy inflamable...

BARON. Señorita, yo, claro...

DELFI. Yo creo que no estoy contando ningún embuste.

BARON. Claro que no.

JUAN. Por lo menos, Fernando no te desmiente.

BARON. *(Muy azorado.)* Yo, no, claro; porque yo, claro...

JUAN. Sí, muy claro; pero yo no veo claro. Conque déjela usted seguir.

DELFI. Yo tenía la mano suave y marfileña; así me dijo usted...

BARON. ¡Yooo!

DELFI. Usted, usted, acuérdese; yo tenía la mano apoyada en la baranda del balcón... y... ¿lo digo? *(El Barón sopla.)*

JUAN. Sí, sí, mujer; si no hay más remedio.

DELFI. El barón, en un rapto de amor pasional y re-

pentino, se inclinó violentamente para besar mi mano; yo retiré la mano marfileña, y usted dió de narices en la piedra berroqueña. ¡Ja, ja, ja, ja! Usted perdone, pero no puedo, no puedo. Me acuerdo de los morros que se le pusieron a usted con el golpe, y no puedo, no puedo. *(Le da un ataque de risa.)*

JUAN. ¿Pero se quería usted suicidar, Fernando?

BARON. Yo, la verdad, señorita Delfina...

JUAN. Nada, nada, que quería ser usted el Delfín; no está usted mal pez.

DELFI. Usted me perdona, ¿verdad? Por lo demás yo estoy muy agradecida a su doloroso homenaje. Usted comprenderá que no le haya conocido al pronto; aquello me hizo tanta impresión... Yo tenía de usted otro recuerdo, otra imagen...: un hombre con la boca y las narices iflamadas... ¡porque le dió a usted una inflamación!

JUAN. Y ahora lo has visto deshinchado y lo has desconocido. ¡Ja, ja, ja!

DELFI. ¡Ja, ja, ja!

BARON. Pues... vaya, me reiré yo también. ¡Ja, ja, ja! *(Se ríe con una risa de conejo.)*

DELFI. Así, así; bravo, bravo. ¡Ahora sí que ya me parece que vamos a ser buenos amigos!

BARON. Es lo que yo pretendo, señorita. Juan Antonio me habló de usted en el Club... yo le manifesté mi deseo de reanudar nuestra amistad...

JUAN. Por eso lo he traído con mucho gusto.

DELFI. Y yo encantada; pero hay que reír, amigo... Fernando. ¿Se llama usted Fernando, ¿verdad? ¡Hay que reír!

JUAN. Aquí, en esta casa..., variando el dicho popular, se come muy bien, ¡y nos reímos mucho! *(Pausa breve.)* Usted que se inclina a besar..., ella que quita la mano... ¡paf, en los hocicos! ¡Ja, ja, ja!

DELFI. ¡Ja, ja, ja! *(El Barón tarda un poco, y luego exclama, riendo a la fuerza:)*

BARON. ¡Qué demontre, hombre! ¡Je, je, je!

DELFI. ¡Ay! ¡Qué demontre!, dice.

JUAN. ¡Qué demontre! *(Los tres rompen a reír larga y francamente.)*

JUAN. Y nada, como usted lo ve. *(Limpiándose los ojos con el pañuelo.)* Así estamos a todas horas. La otra noche, en el Real, casi nos echan. Cantaba Fleta el *Rigoletto,* le dió a ésta por reír...

DELFI. Pero no me reía de Fleta. Estaba cantando la tiple.

BARON. ¿Y no le gustó a usted?

DELFI. Sì; pero me reía de la letra. La tiple cantaba aquello de "Tutte le feste al templo..."

JUAN. ¿Y eso?

DELFI. Que a mí hace un mes que me pasa lo mismo que a la tiple.

BARON. No comprendo, señorita.

JUAN. A ver, a ver.

DELFI. Que me ha salido un adorador callejero, y que donde me le encuentro es precisamente en la iglesia. "Tutte le feste al templo", todos los domingos y fiestas de guardar me encuentro en un rincón de San Ginés a un joven, no bello y fatale precisamente, ni muy bien vestido, pero no antipático; y qué quieres, chico, se diría que me reza a mí en vez de rezar a los santos. ¡Me mira con un fervor el pobre!

JUAN. ¡Caray!

BARON. Ya ve usted, no soy solo. Todo el mundo es a adorarla.

DELFI. Ahora, esta tarde, recorriendo estaciones, me di con él en todas las iglesias.

JUAN. ¿Y se ha atrevido?

DELFI. A nada; se limita a mirarme, con unos ojos entre besugo recién pescado y carnero a medio morir que es una compasión. Y nada, que me veo ya vestida de blanco, subiendo y bajando las escaleras con una vela en la mano y cantando aquello de "Gualtier Maldé, Gualtier Maldé". *(Haciendo un arpegio.)* ¡Ah, ah, ah!

JUAN. *(Terminándolo.)* Etcétera. ¡Muy bonito! Pues mira, me parece que voy a tener que intervenir

yo en calidad de Sparafusile. ¡No hay más remedio!

ESCENA V

Dichos, y *Milagritos*, por el foro.

MILAG. Zeñita Finita, con zu permizo de uzté. *(Hace una reverencia igual a la que hizo Delfina cuando entró el Barón.)* ¡Caballero! *(El Barón, muy asombrado, devuelve el saludo con una inclinación de cabeza.)* Zeñita, ahí eztá la miss.

DELFI. Mi profesora de inglés, ¿sabe usted?

BARON. Por mí no se incomode.

DELFI. No, si vuelvo en seguida. *(A la doncella.)* Que espere en el otro despachito.

MILAG. Zí, zeñita Delfina. ¡Caballero! *(Hace mutis, haciendo la misma reverencia.)*

BARON. *(Que se había puesto de pie en el bocadillo anterior.)* ¡Caramba!, todo aquí es encantador. Tiene usted una doncella del siglo XVIII. ¡Es una marquesita del Trianón!

DELFI. Mi discípula.

JUAN. ¡Discípula de ésta!...

BARON. Pues nada. Enhorabuena y...

DELFI. No, hombre, no. No se vaya usted. Cinco minutos de lección y vuelvo en seguida. Le veo hacer a la miss unos juegos malabares, y aquí me tiene usted otra vez.

BARON. ¿Juegos malabares?

DELFI. Sí, señor. No habla ni jota de español. Coge los objetos, los tira por el aire... y nada más. *(Hace lo que dice.)* "Di buck; di paiper; di pencil; di taibl. Ai put di buck en die tiebl." El libro, el papel, el lápiz... Pongo el libro sobre la mesa. *(Manipula rápidamente con los objetos que ha nombrado.)* Y cuando se da mucha prisa en quitar y poner, pues me hago un lío. Ya no sé si buck quiere decir mesa, si teibl quiere decir lápiz, y si pencil quiere decir papel..., y pierdo los papeles.

JUAN. Y es...
DELFI. Yes, berigüel.
JUAN. No. Si es que iba a decir: Y es un método admirable. Hay que desengañarse, el inglés es un gran idioma. Sobrio, seguro, seco, serio. En español, aunque no se te ocurra nada, con un par de docenas de sinónimos y sin ninguna idea, largas un discurso en el Congreso que se vuelven locos hasta los maceros. En inglés no hay manera: o piensas... o revientas. No hay más.
DELFI. ¡Ja, ja, ja! Conque hasta ahora mismo, ¿eh?
BARON. Señorita, beso a usted...
DELFI. No, no; no me bese usted nada. Ya sabe usted los resultados. En cuanto me case con Juan Antonio y venga usted a vernos, entonces sí.
JUAN. ¿Pero qué dices?
DELFI. Nada, que a las señoras se les puede besar la mano sin peligro, y a las señoritas, no. Eso es lo que digo. No se vaya usted, ¡eh!, no se vaya usted.
BARON. ¡Señorita!
DELFI. ¡Caballero! ¡Ja, ja, ja! *(Hace la reverencia de siempre y se va por el foro.)*

ESCENA VI

Juan Antonio y el *Barón.*

JUAN. ¡Esto es tener novia bonita!... ¡Es una perla!, y no es porque yo lo diga.
BARON. Aunque usted no lo dijera. Es... ¡una joyería!
JUAN. Simpática, lista, rica...; rica en todos los sentidos, riquísima. Lo tiene todo: cara, cuerpo, posición, padre, madre y perrito que le ladre. Porque tiene un perrito japonés monísimo. Me siento más feliz que el novio de Carmen la del molino.
BARON. ¿A qué Carmen se refiere usted?
JUAN. A la del fandanguillo, hombre.

Con una manola nueva
y cuatro copas de vino,
y un dinero en la cartera
y Carmen la del molino,
me río de España entera.
¡Eh! ¿Qué le parece?

BARON. A mí me ha parecido siempre admirable, ya lo sabe usted. Lo que no sabe usted es cuánto le agradezco que me haya traído a la casa. Está amistad, aunque no sea más que eso, amistad, es muy dulce y muy interesante.

JUAN. Y muy divertida, Fernando. Esta es la casa de la dicha: aquí no vienen visitas, porque las echamos. No lo digo por usted. Aquí no vienen cobradores, porque todo está pagado; aquí nos carcajeamos de todo... ¡Somos felices!

BARON. Ya lo veo, ya. ¿Y hace mucho tiempo que son ustedes novios?

JUAN. ¡Toma! Veinticinco años.

BARON. ¿Veinticinco años? ¿Pues cuántos tiene la encantadora Delfina?

JUAN. Mi prima tiene veinticuatro años, y yo, veintiséis; pero somos novios hace veinticinco, porque en cuanto mi tía Perfecta, prima segunda de mamá, se casó, pues mamá y ella dispusieron que si le nacía a la tía Perfecta una chica, pues tendría que ser mi novia. Conque mi novia nació cuando yo tenía un año. ¡Eso, sí: fué un acierto! Ni Delfina se arrepiente, ni yo tampoco.

BARON. Usted, claro que no. ¡Pues sí que se venden en un bazar por docenas las muchachas como Delfina! Lo que me extraña, y usted perdone, amigo Juan Antonio, es que ella haya aceptado así, con tanta facilidad, con tanta, no sé cómo decirlo, esto, este noviazgo, que al fin y al cabo es una disposición familiar, una imposición. Yo, y no es hacerle a usted de menos, ¿eh?; yo, en su lugar, en el de Delfina, tratándose, no ya de usted, de cualquiera, de un príncipe ruso, no hubiera aceptado una boda

así, de real orden, como si dijéramos. Yo no comprendo cómo Delfina, una muchacha moderna...

JUAN. ¿Moderna? Moderna ahora..., porque, la verdad, la han educado para moderna. Cuando este noviazgo se arregló, ella, ¿qué sabía? ¡Bah! "Pobre garza enjaulada, entre la jaula nacida", como dicen en el *Tenorio*. "Aquí está Dios", la dijeron, y ello dijo: "Aquí le adoro." "Aquí está el novio", señalándome a mí, y ella dijo: "¡Bueno!" ¿Qué quería usted que dijese?

BARON. Pero ¿y usted?

JUAN. ¡Yo! Yo también, pobre garza, dije: ¡Bueno! Y le repito a usted que no me arrepiento, porque es que somos el uno para el otro. Los mismos gustos, el mismo carácter. ¿Se trata de automóviles? Yo soy un Séneca; ella, otro Séneca. No va a haber "chauffeur" que nos robe. ¿Se trata de bailar?...

BARON. Son ustedes dos Sénecas.

JUAN. No, ella no; yo sólo. Pero está aprendiendo. Y ríase usted de otras parejas.

BARON. ¡Sí, sí! Ya veo que aquí hay que reírse de todo. ¡Je, je!

JUAN. El inglés también lo está aprendiendo. ¿Que en una reunión queremos aislarnos? ¡Pues hablamos en inglés, y nos quedamos solos! Somos campeones de "bridge"; somos campeones de "tennis"; somos campeones de Equitación. Y en cuanto nos casemos vamos a reunir entre los dos una renta de ciento veintitrés duros con ochenta céntimos diarios. Conque...

BARON. No, si a mí, ¿qué quiere usted que yo le diga?, me parece de perlas; me parece ella una gran novia; usted..., usted, un Séneca (empleo sus mismas palabras), y el matrimonio, un matrimonio inmejorable. Ahora, que... ¿se puede fumar aquí, querido amigo?

JUAN. Aquí se puede todo. Pero espere, le doy de éstos *(Va a una de las cajas que trajo Milagros al principiar el acto.)*, de los de Delfina.

BARON. ¡Ah! ¿Pero fuma también?

JUAN. ¡Naturalmente! Ella fuma de lo mío y yo de lo suyo. Tenemos los mismos gustos en todo. Ahí va. De esto no fuma nadie más que el rey de Inglaterra y nosotros. Y usted ahora, ¡eh!, ¿qué le parece?

BARON. Magnífico. *(Por el cigarrillo.)* Tiene un aroma y una suavidad...

JUAN. No, hombre; si me refiero a mi novia, a mi matrimonio.

BARON. ¡Ah! Pues eso, lo repito: ¡el desiderátum! Ahora, que el ideal, no; el ideal, no, amigo mío; el ideal es otra cosa. Además de que, figúrese usted que un día, cuando menos lo espere usted, un amor romántico, un amor verdadero llamase a las puertas de...

JUAN. ¡Bah, bah! Tenemos criada. Sale la criada y le dice a ese amor de novela que..., que la señora no está en casa. Y se acabó. Me sé yo muy bien a mi Delfina.

ESCENA VII

Dichos y *Delfina.*

DELFI. Vaya, aquí estoy yo.

JUAN. ¿Acabó la lección?

DELFI. Ni visto ni oído. Le dije todo como una cotorra; me respondió con una docena de berigüeles y otra docena de "el raits"; me dió un sakejand de lo más británico y... ¡a otra cosa! *(Mira su reloj de pulsera y dice:)* Faif oclok.

JUAN. ¡Las cinco ya!

DELFI. Menos diez; pero podemos tomar el te, si ustedes gustan.

JUAN. Yo me largo, chiquilla.

DELFI. ¿Y eso?...

JUAN. Tengo un asunto, por un "auto" nuevo que voy a comprarle a Rafael Claro, y el comisionista es Lucianito Guitart.

BARON. ¿Pero Luciano se ocupa ahora de comisiones?

DELFI. ¡Pero si era un tarambana!

JUAN. Era. Ahora ha sentado la cabeza. Su padre le ha dado unos cuartos y ha puesto una agencia. Tiene su placa y todo: Luciano Guitart, agente comisionista. Horas de oficina: de cinco a cinco y cuarto.

BARON. ¡Caramba!

JUAN. Voy ahora mismo, antes que se me escape: abre a las cinco y cinco y se marchar a las cinco y diez...

BARON. *(Levantándose.)* Bueno, pues yo...

JUAN. Usted se queda aquí, y me espera tomando el te, o sin tomarlo, pero riéndose un rato con Delfina.

BARON. No sé si debo...

DELFI. Quédese, quédese.

JUAN. En seguida estoy aquí; es muy cerca. Hasta ahora. Gut bai.

DELFI. Gut bai.

ESCENA VIII

Delfina y el *Barón.*

DELFI. Siéntese, siéntese.

BARON. Muchas gracias. *(Hay una pausa embarazosa, después de la cual el barón rompe a reír.)* ¡Je, je, je!

DELFI. ¿De qué se ríe usted?

BARON. Pues, ¡je, je!..., de nada. ¡Me río!... Aquí nos carcajeamos de todo, según me ha dicho su novio. Y como sé que a usted le gusta reír...

DELFI. Sí, señor, sí. ¡Ja, ja! *(Se quedan un ratito serios.)* Vaya, vaya. *(Pausa.)* ¿Quiere usted que le dé una taza de te?

BARON. Señorita, usted no me da el te a mí, aunque se empeñara en ello.

DELFI. ¡Ay, qué gracioso, qué gracioso! Dice que no le doy el te. ¡Ja, ja! Muy gracioso.

BARON. ¿De veras le parezco a usted gracioso?

DELFI. Sí. ¿Por qué?

BARON. ¿De veras?
DELFI. De veras.
BARON. Pues bien, señorita..., yo soy un traidor.
DELFI. ¿Eh?...
BARON. Yo soy un traidor, y que Dios me perdone. Ya sé que al decirle lo que voy a decirle...
DELFI. ¡Por Dios no se ponga usted trágico, porque me moriré de risa!
BARON. No me pongo trágico; me pongo serio.
DELFI. ¡Ay! ¡Serio, no; serio, no; por favor!
BARON. Escúcheme, escúcheme usted. Procuraré no entristecerla.
DELFI. Aunque lo procure usted va a ser difícil.
BARON. Escúcheme usted, se lo imploro.
DELFI. ¿Implora?... ¡Ja, ja!
BARON. Señorita...
DELFI. ¡Ay! Perdóneme usted; pero el verbo implorar es un verbo cómico, y no puedo, no puedo, ¡Ja, ja, ja!
BARON. Señorita... ¿acabó usted ya?
DELFI. Sí, señor, ya. *(Muy seria.)*
BARON. Señorita, usted tiene un novio...
DELFI. Ya lo sé...
BARON. Usted tiene un novio, yo tengo un amigo..., y yo soy un traidor.
DELFI. ¡Caramba!
BARON. Su novio, mi amigo Juan Antonio, de cuya amistad me he valido para introducirme en esta mansión *(Ella contiene la risa)*, que es... la mansión de la dicha...
DELFI. ¡Ja, ja, ja! Usted perdone, pero la palabra mansión es una palabra cómica...
BARON. Mi amigo Juan Antonio, repito, me ha contado el noviazgo de ustedes. El "tennis", el "bridge", el "auto", Séneca, etcétera, etcétera... (un momento, señorita, no me interrumpa usted), han sonado en su confidencia; han sonado también ciento veintidós duros de renta diaria, que reunirán ustedes entre los dos, y eso me hace suponer que la mitad, por lo menos, es de usted, y eso me hace suponer, y además no había

sonado en la conversación, que jamás han sentido ustedes ni han repetido la palabra amor. ¿Oye usted? La palabra, la divina palabra, la que une los corazones y funde las almas, la palabra amor, que supongo que no será para usted una palabra cómica.

DELFI. *(Muerta de risa.)* No, señor; pero la oigo en sus labios de usted..., y recuerdo los labios de usted cómo los tenía en San Sebastián después de... ¡Ja, ja, ja!

BARON. Señorita, su risa es una ofensa que yo...

DELFI. Mi risa debía usted agradecérmela profundamente, porque viene en vez de mi indignación, y la verdad, después de oírle a usted decir que es un traidor y advertir que se prepara a declarárseme nuevamente *(Vuelve a reír.)*, como en la inolvidable noche de Luna donostiarra..., yo podía indignarme, y ya ve usted, no me indigno, a pesar de las intenciones con que ha venido usted a... esta mansión. *(Rompe a reír.)*

BARON. Yo, señorita...

DELFI. Vamos a ver, sea usted sincero. ¿Era sólo un consejo su perorata, o me iba usted a enamorar?

BARON. Señorita... Pues bien, sí: estoy loco, soy un traidor, pero estoy loco. Estoy... que hago números por usted.

DELFI. Eso ya lo he visto; ya he visto que hace usted números, en cuanto me habló usted de la dote; pero le ruego que no haga números, porque yo..., ¡ja, ja, ja!, yo he echado ya mis cuentas..., ¡ja, ja, ja! *(Viendo aparecer a su madre.)* ¡Ah, mamá! ¡Pasa, pasa!... Es un amigo que ha traído Juan Antonio.

ESCENA IX

Dichos y *Doña María.*

BARON. Señora...

DELFI. El barón de Listadeoro... Ya le conoces.

MARIA. Caballero, usted perdone si no recuerdo; pero viene usted a su casa...

DELFI. Sí, mamá, cómo no vas a recordar..., de San Sebastián. El verano pasado... Ese caballero que se lastimó la boca...

BARON. ¡Je, je! Muy gracioso, muy gracioso...

MARIA. Siéntese, siéntese...

BARON. Gracias, gracias... Pues... yo... la verdad...

ESCENA X

Dichos y *Milagritos.*

MILAG. Zeñorita..., con perdón.

DELFI. ¿Qué hay?

MILAG. Ze..., ze..., zeñorita...

MARIA. ¿Qué pasa, mujer?

MILAG. El perrito...

DELFI. ¿"Bel-Ami"? ¿Qué pasa con "Bel-Ami"?

MILAG. Pos... que ha desaparecido.

DELFI. ¿Desaparecido? Pero ¿cómo, cuándo?... ¡Pero es que aquí todos sois imbéciles!

MILAG. Zí, zeñorita.

MARIA. ¿Eh?

MILAG. Digo, no, zeñorita... Es que fué a la cocina y abrieron la puerta de zervicio y ze conoze...

DELFI. *(Imitando el acento andaluz.)* Ze conoze que no tienen ustedez cuidado. ¡Ay, mi perro! ¡Mi perrito, tan mono!

MARIA. Hija, yo creo...

DELFI. Tú no crees nada, mamá...

BARON. Yo, señorita...

DELFI. ¡Usted se calla! *(A Milagros.)* ¡Pronto, tú, un sombrero, una mantilla, cualquier cosa!...

MARIA. ¿Pero adónde vas a ir así, hija?

DELFI. A buscarlo, adonde sea. *(A Milagros.)* Pronto, tú, corre; ve a casa de la vizcondesa, al frente; tienen una perrita que se llama "Flay"; "Bel-Ami" es su amigo; está enamorado de ella. Anda, ve; pero tráeme un sombrero antes. *(Milagros hace mutis.)*

ESCENA XI

Dichos; Juan Antonio; luego, *Milagritos;* luego, *Don Román.*

JUAN. Pero ¿qué pasa? ¿Por qué gritan?

DELFI. ¡Mi perro, "Bel-Ami", perdido! ¡Ay, ay! A mí me va a dar algo.

JUAN. ¡Delfina!

MARIA. ¡Hija!

BARON. ¡Señorita!...

DELFI. ¡Déjenme, déjenme! *(Va a sentarse ante la mesa y se apoya de codos en ella, con la cabeza entre las manos.)*

MILAG. *(Saliendo.)* Señorita, el zombrero.

DELFI. ¡Ay, ay! ¡Yo no sé lo que tengo; estoy rodeada de tontos; no veo más que estúpidos!... ¡Cuántos, cuántos!...

ROMAN. *(Entrando.)* Pero ¿qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

MARIA. El perrito, hijo, que se ha perdido.

ROMAN. ¡Vaya por Dios!

DELFI. ¡Fuera, fuera, dejadme todos! *(A Juan Antonio.)* ¡Tú, o vuelves con el perro o no me casaré jamás contigo!

JUAN. Bueno, iré. ¡Dios mío, yo no sé dónde voy! Anda, Milagritos. Vámonos, anda.

DELFI. *(Al Barón.)* ¡Que pongan un anuncio en los periódicos que doy una gratificación de mil pesetas!...

BARON. ¡Mil pesetas por un perro chico, señorita!

DELFI. Le he dicho a usted que no haga números.

BARON. ¿Está usted mejor, y ya no ve usted tantos estúpidos a su alrededor?

DELFI. Estoy mejor; ya no veo más que uno. ¡Pero corra usted a poner el anuncio! Perro japonés, chico, color... *(Siguen hablando.)*

ROMAN. Yo voy a hablar por teléfono. Tranquilízate, hija. Vamos, María.

MARIA. *(Haciendo mutis con su marido por una late-*

ral.) Está loca, loca; yo no sé a quién ha salido esa chica.

ROMAN. A tu padre. Empresario de ópera en la Princesa en pleno agosto. ¡A tu padre! Vamos, vamos. *(Mutis los dos.)*

ESCENA XII

Delfina, el *Barón, Juan Antonio* y *Milagritos.*

DELFI. Ya sabe usted..., responde al nombre de "Bel-Ami"..., y si no responde, porque es perro el pobrecito y no lo sabe, atiende, por lo menos. Doy mil pesetas.

JUAN. *(Entrando.)* Delfina.

MILAG. *(Entrando.)* Zeñorita.

DELFI. ¿Qué?

MILAG. Que el perro no está en casa de la vizcondesa, y están como locos porque la perrita también se ha perdido.

DELFI. *(Cogiendo su sombrero para hacer mutis.)* ¡Se han fugado juntos! ¡Vamos, vamos todos. *(Mutis general.)*

BARON. *(Que es el último que hace mutis.)* ¡Se ha fugado! ¡El amor! ¡Hasta los perros son románticos!...

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la tarde.

ESCENA I

Al levantarse el telón, *Delfina,* sentada al piano, acaba de tocar un "fox" que es especial para esta obra, y ya se indicará. Se levanta y dice:

DELFI. Ahora vamos a ver el baile. *(Se pone a bailar tarareando en la forma que se indica.)* Tara-

rarará, tarara tarará tachún, tararará tarara tarará, tachún, tararararará... *(Aparece Milagritos por el foro.)*

MILAG. Zeñita Delfina. (*Delfina, sin hacerle caso, sigue bailando.*)

DELFI. Tarara tarará tachún, tararararará tará tarará tachún, taratatachunta.

MILAG. Pero zeñita.

DELFI. Ven, ven; ya lo sé; verás qué bonito. *(Se agarra a la criada y baila con ella el "fox".)* Tararararará, tarara tarará tachún, taratachún ta ta, taratachún ta ta. Tararararará tarara tarará tachún taratratachún, tarataratachún...

ESCENA II

Dichos y *Doña María* (la madre) con el *Barón*, por el foro.

MARIA. ¡Pero chica, Delfina!

BARON. ¡Señorita!

DELFI. ¡Oh, querido barón!

MARIA. Tú, avísale al señor, que salga. (*La doncella hace mutis por la lateral izquierda.)* ¿Le parece a usted? ¡Bailando con la criada! Así, ¿qué respeto nos puede tener?

DELFI. Yo creo que tan buenas piernas tiene ella como yo para bailar un "fox". No sé por qué no se lo voy a enseñar.

MARIA. ¡Calla, calla! ¡Qué chica!

DELFI. ¿No cree usted lo mismo, barón?

BARON. Yo creo todo lo que usted dice, Delfina; pero como hombre veraz...

DELFI. Veraz... Verás con lo que sale.

BARON. Como hombre veraz, he de oponerme a que las estilizadas pantorrillas de Dulcinea del Toboso se comparen a las plebeyas pantorras de la Maritornes.

DELFI. ¡Tate, tate, folloncicos!; de ninguno sea tocada.

BARON. No me ofenda usted, Delfinita. Yo no me opongo a nada. Quiero que seamos amigos, ya que no podemos ser más que eso..., amigos.

MARIA. Bueno, barón; yo, con el permiso de usted, voy a llamar a Román.

BARON. ¡Oh!

MARIA. Esa doncella es un pájaro, y se distrae con cualquier cosa.

BARON. Siga usted, señora; siga usted. *(Doña María hace mutis por donde se fué la doncella.)* Delfina, ¿estoy perdonado completamente?

DELFI. Completamente, si no vuelve usted a las andadas.

BARON. No vuelvo, no vuelvo. Amigos, nada más que amigos. Y el perrito, ¿pareció el perrito?

DELFI. No, señor. Y hace ya ocho días. El perrito me parece a mí que se ha perdido definitivamente. El que lo tenga no lo suelta.

BARON. ¿Cree usted, mediando, como media, una gratificación de mil pesetas? No las vale el perrito.

DELFI. No las valdrá usted.

BARON. ¡Señorita!

DELFI. Bueno, perdóneme. Pero no ofenda usted en mí el recuerdo de "Bel-Ami". Yo le quería mucho. *(Haciendo como pucheros.)* ¡Pobrecito mío! Un perro tan digno, tan altivo, que no obedecía a nadie. Ni a mí. Un perro... tan poco perro. Tan bolchevique y tan simpático. Yo le quería mucho.

BARON. Pues no se diría.

DELFI. ¿Que no?

BARON. Yo, con su permiso, Delfina, la he encontrado a usted bailando.

DELFI. Usted perdone; me ha encontrado usted sin mi permiso, porque no lo pidió usted para entrar.

BARON. ¡Oh, Delfinita!

DELFI. Y, además, eso ¿qué tiene que ver? ¿Quería usted que porque se me había perdido el perrito me retirara a un convento?

BARON. A un convento, no; ¡por Dios!

DELFI. Desde luego, no me siento Carlos Quinto. Por eso tengo que seguir bailando y tengo que aprender inglés. Es mi obligación. Además, un perro no es un hermano, ni una madre, ni un

marido. Y conste que no he dicho ni un amigo, porque un perro vale bastante más. Se marchó, lo he sentido mucho; pero ¡qué le voy a hacer! Ahora, que en cuanto a quererle..., ¡usted no sabe cómo yo le quería! Le sentaba a mi lado en la mesa; le daba bocaditos; se pasaba el día en mi regazo...

BARON. ¡Se pasaba el día en su regazo! ¡Ay!

DELFI. ¿Qué le pasa a usted?

BARON. Que sólo de pensarlo recuerdo un verso del "pauvre" Lelian: "Je voudrais être petit chen". ¿Eh? O, mejor, lo parafrasearé, cambiando el tiempo del verbo: "J'aurais voulu être petit chen."

DELFI. Yo también "aurais voulu" que fuera usted el pequeño perro. Así, a estas horas... estaría usted perdido.

BARON. Y perdido estoy, Delfina; perdido por usted.

DELFI. *(Gritando.)* ¡Socorro, que este hombre me hace el amor!

BARON. ¡Señorita!

DELFI. ¡Que este hombre me hace el amor, y a mí no me gusta!

BARON. Pero, señor...; pero, Delfina.

DELFI. ¡Nada; ya le he dicho que en cuanto me hable de amor, grito! ¿No le da a usted vergüenza? ¿Pero qué idea tiene usted de la amistad? ¿Pero qué idea tiene usted de la hospitalidad? Pero que... ¡Bueno! Yo soy la tonta, que lo pregunto: usted no tiene idea de nada.

BARON. ¡Señorita, yo!...

DELFI. ¡Socorro, guardias!

BARON. Señorita, señorita, por favor; no grite usted. No lo haré más; pero déjeme usted sincerarme por última vez; déjeme usted disculparme. Usted tuvo la crueldad de decirle a Juan Antonio que yo...

DELFI. ¡Naturalmente!

BARON. Y ya ve usted: él sigue siendo mi amigo; no ha tenido celos.

DELFI. Claro está. No es un ridículo. Los celos ya no

se llevan más que en las comedias o en los dramas. Tener celos no es elegante.

BARON. Cuando no se quiere.

DELFI. ¿Qué dice usted?

BARON. Que Juan Antonio no tiene celos de usted, ni usted de él, porque no se quieren.

DELFI. ¡Que nosotros!...

BARON. No; no se quieren ustedes. ¿Usted cree que yo soy tonto?

DELFI. Le diré a usted: el inventor de la telegrafía sin hilos no es usted precisamente.

BARON. Pues bien; a veces los tontos dicen la verdad. Yo le revelo a usted su verdad, la que usted ignora, porque no ama usted.

DELFI. ¡Ja, ja, ja!

BARON. ¡Se ríe usted!

DELFI. ¡A ver! Ya sabe usted que el verbo amar es un verbo cómico para mí.

BARON. Porque ignora usted del amor. Pero cuando llegue...

DELFI. ¿De la mano de usted?

BARON. De la mía, no, señorita; pero puede llegar de la mano de un miserable.

DELFI. ¡Ay, por Dios!

BARON. De alguien que no la merezca, de alguien privado de toda virtud, de toda cualidad; pero si la llama del amor prende en usted, usted le concederá todas las virtudes y todas las cualidades; porque el amor crea, el amor inventa, el amor presta, y a quien feo ama, bonito le parece. Usted no me cree ahora; pero me vengará el amor. "Amor che nulla amato, amor perdona." Dante: "Divina Comedia".

DELFI. Divinas tonterías todas las que usted ha dicho, querido amigo. ¿Está usted contento ahora, querido amigo? Un poco ladino y otro poco... sinvergonzón, pero querido amigo.

ESCENA III

Dichos y por la izquierda *Doña María* y *Don Román.*

ROMAN. ¡Querido amigo!
DELFI. El eco.
ROMAN. ¿Qué dices?
DELFI. El eco. Acababa yo de decirle al barón querido amigo, y tú lo has repetido; pero no se fíe usted mucho *(Al Barón.)*, que eso de querido amigo se pone en la carta de cualquiera...: es una fórmula.
MARIA. Pero, Delfina...
BARON. Es usted implacable.
DELFI. Hasta que se acostumbre usted a tomarme como soy.
ROMAN. Bueno; yo estoy a sus órdenes, y perdóneme si le he hecho esperar.
MARIA. ¿Se van ustedes hoy?
BARON. Si don Román quiere ganar la elección, es indispensable que salgamos en el tren de esta noche.
MARIA. ¿Pero la ganará?
BARON. La ganará, la ganará... ¡Será diputado!
DELFI. ¡Ay, papá! ¡Cómo te van a poner!
ROMAN. Como hoja de perejil, hija mía; son los gajes del oficio.
MARIA. ¿Te llevarás la maleta ahora?
BARON. Será mejor que la lleven a la estación a las ocho en punto. ¿No le parece?
ROMAN. Desde luego es más cómodo.
MARIA. Pues voy a decirle a Milagros que la prepare. Con permiso. *(Mutis lateral.)*

ESCENA IV

Dichos y *Juan Antonio,* foro. A su tiempo, *Delfina* y *María.*

DELFI. Pues nada, papaíto, que va a haber que llamarte señoría, gracias a los trabajos del ba-

rón. *(Viendo entrar a Juan Antonio.)* ¡Caramba, don Juan!

JUAN. ¡Hola, chiquilla! Vengo atareadísimo. ¡Querido tío! ¡Baroncete! ¿Se marchan ustedes hoy?

ROMAN. Ahora mismo.

BARON. Un momentito al club, y luego a tomar el expreso de las ocho y veinte. *(Pasa de la lateral al foro la criada, y tras de ella sale Doña María por la lateral.)*

MARIA. Ya va Milagritos a hacerte la maleta... ¡Buenos días, Juan!

JUAN. ¡Buenos días, tiita!

ROMAN. Bueno, pues en marcha..., Mariquita. *(Abrazando a su mujer.)* Estaré tres días nada más.

BARON. *(A Delfina.)* ¿Amigos? *(Dándole la mano.)*

DELFI. Entre nosotros sólo puede haber amistad. ¡Ay! *(Larga una risotada.)*

MARIA. No la haga usted caso, y un millón de gracias por todo.

BARON. No me diga usted nada, no me diga usted nada.

ROMAN. ¡Hijita, que seas buena y que te rías mucho!

DELFI. ¡Descuida, papaíto! Me entrenaré para cuando vaya a oírte al Congreso.

ROMAN. ¡Ah, pícara! Ni a mí me perdona.

MARIA. ¡Pero muchacha!

ROMAN. ¡Adiós, Juan!

BARON. ¡Hasta la vuelta!

JUAN. *(Despidiéndose de los dos.)* ¡Adiós, y éxito!

ROMAN. ¡Que no dejes de mandarme la maleta!

BARON. ¡Hasta la vuelta!

MARIA. ¡Adiós! ¡Buen viaje!

DELFI. *(Corriendo al foro, por donde hacen mutis el Barón y Don Román.)* ¡Y que no se te olviden mis polvorones, papaíto, y las yemas de San Leandro, y los pestiños de las monjas de Santa Ana, que si son de otras monjas no los quiero, que no son católicos!

MARIA. ¡Vaya! Me has tenido en vilo, lo que se dice en vilo. Tus bromas son como la espada de Bernardo. Una amenaza colgada de un cabello.

JUAN. Como la espada de Damocles, tía.

MARIA. Bueno; ¡qué más da! Una espada. Tú no sabes cómo se burla ésta del pobre barón. Debía ser un poco más considerada. ¡Un hombre tan amable, que por él va a salir diputado su padre!

DELFI. Pues no debía salir.

MARIA. ¿Qué dices?

DELFI. Que no debía salir. Diputado andaluz papá, que ha nacido en Pueblonuevo del Terrible. ¡No sé por qué!

MARIA. ¡Y eso qué tiene que ver! Ha estado mucho en Sevilla.

DELFI. ¡Sí, sí! Las dos ferias del año que le dió por seguir a Belmonte.

JUAN. Pues ya es un título. Otros aspiran con menos.

MARIA. Bueno, basta. No se burlen ustedes. ¡Ustedes no entienden de política!

DELFI. ¡Gracias a Dios! Pero nos reímos del chanchullo del barón; que lo hace por la cuenta que le tiene. ¡Y la cuenta soy yo!

MARIA. ¡Niña!

DELFI. Lo digo porque éste no tiene celos.

JUAN. Ni falta.

DELFI. Ahora, si fuera siquiera diputado por Sevilla... Sevilla bien vale una trampa.

JUAN. ¿Pero no se presenta por Sevilla?

MARIA. Se presenta por Estepa, que es lo mismo.

DELFI. ¡Qué ha de ser lo mismo, mamá! ¡Estepa! Ya lo dice el nombre. Diputado por Estepa, diputado por el desierto. Representante del "Vivillo."

MARIA. Eso sí que no. Estepa, cabeza de partido, a noventa y cuatro kilómetros de Sevilla; ocho mil setecientos setenta estipenses, diez Ayuntamientos.

DELFI. ¡Caramba, mamá, qué bien te lo sabes!

JUAN. Está usted muy fuerte en Geografía.

MARIA. ¡Estoy..., estoy harta de oír bobadas! Ahí se quedan ustedes. ¡Jesús, qué par de tontos! ¡Jesús, Jesús! *(Mutis lateral izquierda.)*

ESCENA V

Delfina y *Juan Antonio*. Luego, *Milagritos* y *Javier*.

DELFI. Bueno. Se nos enfadó.

JUAN. Ya le pasará. Y yo también ahueco.

DELFI. ¡Pero hombre!

JUAN. Vengo atareadísimo, ya te lo dije. Y oído a la caja: somos, somos...

DELFI. Un par de tontos; ya escuchaste a mamá.

JUAN. Somos domingo. Eso es. Pues... el viernes por la tarde, concurso de tangos argentinos para parejas aristocráticas, en el Ritz. Nos llevamos el premio. Te traeré ahora mismo tres tangos de los antiguos, pero completamente nuevos aquí, para que le eches una miradita al piano.

DELFI. ¿Se llaman?

JUAN. "Servite", que son sardinas; échale manteca al "gring" y "golpia", que te van a abrir.

DELFI. ¡Magníficos!

JUAN. Como ves, el último es un tango bíblico. Pedid y se os dará. Llamad y os abrirán. Palabras del apóstol. A otra cosa. El lunes, campeonato de "tennis": la gran copa...

DELFI. Nos la bebemos, no hay cuestión.

JUAN. Desde luego, no hay competidores. Tula Astrana está coja.

DELFI. ¿Coja?

JUAN. Entersis ligamentosa, con rajadura del maléolo.

DELFI. ¡Con él!

JUAN. No; si no es camelo. Palabras del físico, que dirían los antiguos. Se torció el pie derecho por bailar el "jimmi" con Firuletes. Paco Bermúdez no ve una pelota en el aire ni con un telescopio. Somos campeones. A otra cosa. El jueves se inaugura la Exposición canina.

DELFI. ¡No me hables de la Exposición canina! "Bel-Ami" no parece. No tengo perro que exponer. ¿Qué más?

JUAN. Pues... nada más. Que ahora mismo voy al maestro Cernuda para que me entregue los

tangos, y después a recoger las raquetas, que las he mandado cambiar tripa, y te traigo el total. Y tú, ¿novedades desde ayer?

DELFI. Sí, hombre; el tenor de *Rigoletto*. El galán de la iglesia, que se había eclipsado.

JUAN. ¿El duque?

DELFI. Sí, hombre; el tenor de *Rigoletto*. El galán de la iglesia, que se había eclipsado.

JUAN. ¡Ah, sí!

DELFI. Esta mañana, en las Calatravas. Y se me acercó con unos ojos entre asustados y terribles.

JUAN. ¿Y tú?

DELFI. Yo le solté en la cara una risa de las mías, y se fué más corrido que una mona. Después lo sentí.

JUAN. ¿Eh?

DELFI. Porque seguro me iba a hablar, y ya tengo curiosidad de oírle. (*Milagritos, por el foro.*)

MILAG. Zeñita..., con su permiso de osté.

DELFI. (*Remedándola.*) ¿Qué paza?

MILAG. Que el perrito ha venío.

DELFI. ¿Que ha venido "Bel-Ami"? ¿Solo? ¿Dónde está? ¿Dónde está, dónde?

MILAG. Aguarde uzté, zeñita. Lo ha traído un zeñó que lo tiene en brazos, y que me parece a mí que no se lo quitan como no se lo arranquen. Me ha dao este papel para la zeñita, y que tié él que entregar el perrito en sus mesmas manos de uzté.

JUAN. A ver, trae. (*Le coge la tarjeta, que lee.*) Javier Otarrial, profesor en Veterinaria. ¡Este viene por la propina!

DELFI. Que pase.

MILAG. ¿Aquí, zeñita?

DELFI. Aquí. (*Mutis por el foro Milagritos.*)

JUAN. Bueno; yo me marcho.

DELFI. Espera, hombre. Vamos a recibir al veterinario. Viene con el perro. Le cantamos el coro de *El rey que rabió*, y nos tumbamos de risa. Verás. Tú atisba por ahí. (*Se sienta al piano.*)

JUAN. Ya está dejando el sombrero.

DELFI. *(Tocando el coro de* El rey que rabió, *mientras Juan Antonio corre del foro y se pone junto al piano, a su derecha. Los dos cantan a coro.)* Juzgando por los síntomas que tiene el animal... *(En el foro, Javier Otarrial con el perro en brazos y la doncella.)*

JAVIER. ¿Dan ustedes su permiso?

MILAG. Paze uzté, paze uzté.

DELFI. } JUAN. } *(Cantando.)* Bien puede estar hidrófobo,—bien puede no lo estar.

JAVIER. ¿Se puede pasar?

MILAG. Paze uzté, hombre, paze. Azí que le vean dejarán de cantar.

DELFI. *(Levantándose del piano muy asustada.)* ¡Jesús, Avemaría!

JAVIER. ¡Señorita!

DELFI. ¿Usted?... ¿Pero usted?

JUAN. ¿Qué pasa?

DELFI. *(Aparte, a Juan.)* El de la iglesia.

JUAN. ¿Eh?

DELFI. El galán de la iglesia, el de todos los domingos.

JUAN. ¡Ah, sí! *(Cantando.)* Tutte le feste al tempio.

JAVIER. ¡Caballero!

JUAN. ¡Ay! Usted dispense; como estábamos haciendo música... ¡Puaf! ¡Ja, ja, ja! *(Aparte, a Delfina.)* Chica, yo no me puedo contener. Hasta luego, ¿eh? *(Haciendo mutis, dice a Javier:)* Buenas tardes, joven. *(Hace mutis, canturreando "Tutte le feste al tempio", seguido de Milagritos.)*

JAVIER. *(Es un hombre de aspecto de treinta años, con alguna cana prematura en su cabeza de artista. Lleva el perrito bajo el brazo izquierdo. Tiene un aire respetuoso y humilde, pero seguro.)* ¿Está enfermo ese caballero?

DELFI. No; ¿por qué?

JAVIER. Me pareció que padecía de los nervios... Cuando uno canta y se ríe así, o enfermo o tonto.

DELFI. Es mi primo y mi novio. Y es muy inteligente y está muy bueno.

JAVIER. Perdón, señorita. Sólo así, siendo su novio, comprendo que por reírse con él no haya usted reparado en... *(Por el perrito.)*

DELFI. ¡Ay, pues es verdad! *(Cogiendo al perro.)* "¡Bel-Ami", "Belamisito", ven, ven acá tú! ¡Pobre amor! *(Lo besa.)* ¿Has echado de menos a la amita? ¡Ay! ¿Pero qué tiene aquí?

JAVIER. Lo encontré con la patita rota, señorita. Estaba llorando en el quicio de una puerta. Se la entablillé. Ya está bueno. Por eso no lo traje inmediatamente, esperando a que curara.

DELFI. ¡Ay! ¡Muchas gracias, muchas gracias! ¡Pobre "Bel-Ami"! Ahora mismo le voy a traer la gratificación ofrecida.

JAVIER. No, señorita; usted perdone.

DELFI. ¿Que no? Cuando usted ha venido a esta casa es porque ha leído usted el anuncio del diario. He ofrecido mil pesetas...

JAVIER. Con la venia de usted, yo no las tomo.

DELFI. Pero...

JAVIER. Tenía interés en devolver el perrito en las propias manos de su dueño. Con eso me considero pagado. *(Delfina lo mira.)*

DELFI. Usted me ha visto otra vez, ¿verdad?

JAVIER. Yo la he visto a usted siempre.

DELFI. En la iglesia...

JAVIER. En la iglesia... la volvía a usted a ver. Antes.

DELFI. ¿Antes? ¿Cuándo?, ¿dónde?

JAVIER. Yo no lo sé, señorita. Pero hay ciertas personas, muy pocas, a las cuales nunca se las ve por primera vez. Se las vuelve a ver. Toda la vida, no esta vida, ni la otra. Yo la he visto a usted. ¿Cuándo?, ¿dónde?... No lo sé. Sólo sé que en la iglesia, y ahora no la he conocido a usted: la he reconocido.

DELFI. ¡Me ha reconocido usted! ¡Es curioso! *(Pausa.)* ¿Quién es usted?

JAVIER. ¿Me pregunta usted cómo me llamo o quién soy?

DELFI. ¿Qué quiere usted decir?

JAVIER. Que no es lo mismo. Cuando supiera usted mi

nombre, sabría usted... eso, mi nombre; pero no quién soy. Quién soy es más largo, pide más tiempo y más palabras que las de una tarjeta. Yo le envié a usted la mía. Me llamo Javier Otarrial; soy veterinario.

DELFI. ¡Veterinario! ¡Yo creí que era usted escritor, artista!

JAVIER. Pues soy veterinario.

DELFI. Entonces... ¿me permitirá usted que le pregunte el precio de sus honorarios por la cura de "Bel-Ami"? Siquiera eso.

JAVIER. Yo le permito a usted todo, señorita; pero... no quisiera cobrar.

DELFI. ¿Y por qué?

JAVIER. Pues..., por... por... Yo tuve en la casa de mis padres un perro séter, que tenía en los ojos garzos una mirada superhumana. Se llamaba "Fox". Era alegre de día, triste de noche y un poco loco. Por lo menos tenía ataques de locura inofensiva y alborotadora. Era soñador, visionario y poeta; acometía a su sombra y le ladraba a la Luna. Se casó con su madre.

DELFI. ¿Cómo?

JAVIER. Entre los perros todo está permitido. Se casó con su madre. Una perra blanca que se llamaba "Ada", de quien había heredado las lanas, las orejas, la ternura y el instinto de la caza. Era el compañero de mis extrañas melancolías infantiles, y venía gruñendo dulcemente a lamerme las manos, cuando yo lloraba en el jardín, a la puesta del Sol. Murió tísico, como un romántico. Si en la otra vida nos hemos de encontrar a los seres queridos, yo quisiera encontrarme con mi perro, que no sabía mentir ni envidiar; quisiera encontrarme con su mirada triste, superhumana, que no he hallado ni pienso hallar en los ojos de ningún hombre ni de ninguna mujer. *(Pausa breve.)* El perrito de usted, mientras lo curaba, me ha mirado muchas veces así, con la misma expresión. Por eso, y en recuerdo de "Fox"..., ¡yo no quiero

cobrar! El dolor de separarme de él no se cobra en dinero, señorita.

DELFI. *(Con la actitud de regalarle el perro.)* ¿Quiere usted que se lo regale?

JAVIER. ¿Es usted capaz de regalar así lo que quiere tanto?

DELFI. No, pero...

JAVIER. Además, el perrito no puede separarse de usted. El perrito, sin usted..., yo..., la verdad... *(Transición.)* Buenas tardes, señorita.

DELFI. No se vaya usted, señor...

JAVIER. Otarrial, Javier Otarrial.

DELFI. No se vaya usted, señor Otarrial; siéntese un momento, siéntese. *(Javier, sentándose.)*

JAVIER. Muchas gracias.

DELFI. *(Sentándose también.)* A usted le extrañará mi curiosidad; pero... ¿gana usted mucho como veterinario?

JAVIER. ¡Pchs!, señorita.

DELFI. ¿Y cómo ha sido tomar esa carrera..., usted perdone, tan fea? ¡Veterinario!

JAVIER. A mí no me lo parece tanto, señorita. Tal vez porque quiero mucho a los animales. ¡Son tan buenos enfermos! No opinan, no discuten con el médico, no lo acusan...

DELFI. ¡Ja, ja, ja! ¡Claro! ¡Cómo han de acusarlo, si no hablan! ¡Tiene gracia!

JAVIER. Pues yo no he pretendido hacerla reír.

DELFI. ¿Lo dice usted por mi carcajada de esta mañana en la iglesia? Perdóneme usted: yo no sabía quién era.

JAVIER. Y sigue usted sin saberlo.

DELFI. ¿No es usted veterinario? ¿De veras?

JAVIER. No lo digo por eso, señorita. Sí, soy veterinario; y verá usted cómo y por qué lo fuí. Es muy sencillo. Mis padres me llevaron a Buenos Aires cuando yo era muy niño. Ellos eran inmensamente ricos. Papá, que era un vasco elástico, fuerte y voluntarioso, había llegado allí muy joven; trabajó, vino a España varias veces, volvió al fin a Buenos Aires, y fué uno

de los estancieros más poderosos de la Argentina. Yo nací en el mar.

DELFI. ¿En el mar?

JAVIER. Sí, señorita; en viaje, en el último viaje de mis padres. Crecí en la opulencia. Fuí un niño "bien". De Londres me llegaban los fracs que yo lucía bailando tangos y foxes.

DELFI. ¿Es usted bailarín?

JAVIER. Lo fuí... cuando era alegre. De Londres me llegaban también las pelotas de "foot-ball", que yo pateaba con gran maestría en todos los campos de "sport" de Buenos Aires. Era un inútil, señorita.

DELFI. ¿Un inútil?

JAVIER. Un inútil ágil y fuerte, con una gran salud en el cuerpo, que sabía inglés y francés, pero que no entendía nada en ningún idioma.

DELFI. ¡Ja, ja, ja! ¿Ni en español siquiera?

JAVIER. Ese es el idioma que menos se sabe por allá. Un día, al llegar a la mayor edad, mi padre me dijo: "¿Por qué no estudias una carrera? Ya sé que no la necesitas. ¿Pero no podría ser un lujo más tener una carrera? Me avergoncé un poquito, y luego, considerando que debía ser útil a los míos y que papá tenía en sus estancios grandes cantidades de ganado vacuno, lanar y de cerda, pues estudié veterinaria. Curé a todas las vacas, los caballos y los cerdos de la hacienda...

DELFI. ¡Ja, ja! Tiene gracia *(Conteniéndose.)* ¡Ay! ¡Perdone usted!

JAVIER. De nada, señorita; pero le agradezco a usted mucho que no se ría. Malos negocios durante la gran guerra acabaron con la fortuna de mis padres. La tristeza acabó después con su vida. Cuando los vi morir, era la primera vez que tenía una noción clara de la muerte; cuando los vi morir comprendí que aquí se moría, que no todo es nacer y reír y vivir; mejor dicho, que todo es morir, ir muriendo, y cambió mi concepto de la vida. El señorito "bien", el

"sportsman", murió en mí para siempre... *(Transición. Muy sencillo.)* Y empezó a vivir el veterinario.

DELFI. ¿Y lo es usted para vivir?

JAVIER. Sí, señorita; para medio vivir de mi carrera. Para no dejarme morir, para esperar mi hora. Peo usted es muy alegre, y la narración de mi odisea, sin ser héroe ni griego, hay muchas personas que tienen odisea, la entristecería o por lo menos la aburriría. Yo no tengo derecho. *(Se levanta.)*

DELFI. *(Levantándose a su vez.)* ¿Puedo hacer algo por usted?

JAVIER. ¡Señorita!

DELFI. Perdone usted..., pero ha sido usted tan bueno, tan generoso con mi "Bel-Ami"...

JAVIER. No es mérito. Yo quiero mucho a los animales, ya lo sabe usted. He curado a su perrito por amor. *(Pausa.)* Quiera usted a su perrito, quiera usted a todos los animales; ellos ayudan al hombre en sus trabajos y le divierten en sus fastidios. Son colaboración, solaz y adorno de su vida. Desde el elefante, el sesudo elefante, precursor del tanque, que tan buenos servicios prestó en la guerra, hasta la eléctrica esfinge del gato, gracioso como un bibelote; desde el giboso camello, vencedor de la sed y la fatiga, hasta los violines vivos de los canarios y de los jilgueros. ¡Quiera usted a los animales, señorita!

DELFI. Oiga usted: ya ve que no me río; pero ¿me permite usted una pregunta? ¿No es pecado querer así a los animales, que son seres sin alma? ¡Eh!, ¿qué me contesta usted a esto?

JAVIER. No soy teólogo, señorita. Pero acaso por eso, porque no tienen alma y porque no pueden hablar, hay que quererlos más. De haber podido hablar mi perro al morir, me hubiera dicho, ya me lo decía con los ojos: "Adiós, amito; adiós para siempre. Perdona si te dejo, como yo te perdoné en vida los puntapiés y los azotes,

Adiós, amito, y no me llames, que ya no podré acudir. Tú tienes alma, y yo no. Del muladar salí y al muladar vuelvo para siempre. Tú eres inmortal, amito, y yo no podré seguir a tu alma en todos sus viajes a los astros." Así me hubiera dicho. *(Transición.)* Adiós, señorita. ¡Ah! Y ya sabe usted quién soy y cómo soy. He satisfecho una curiosidad que usted no supo formular, conforme a su deseo. Sólo le falta a usted saber mi edad.

DELFI. ¡Oh! ¡Eso!...

JAVIER. Eso también. En Madrid, nadie, nadie más que usted sabe algo de mi vida. Quiero que lo sepa usted todo. Voy a cumplir treinta y ocho años.

DELFI. ¡Ya!

JAVIER. Ya. ¿Son muchos?

DELFI. No, y no parece que los tuviera usted.

JAVIER. Pues los tengo. Al entrar en esta casa he podido decir como el poeta: "Con la cabeza gris me acerco a los rosales del jardín... A sus órdenes.

DELFI. Adiós, amigo Javier. *(Le tiende la mano.)*

JAVIER. Gracias. ¿Puedo darle un besito a "Bel-Ami"?

DELFI *(Entregándoselo.)* Tómelo usted.

JAVIER. Adiós, "Bel-Ami". *(Besa el perrito y lo devuelve.)* Y ahora un consejo profesional. Conviene que al perrito le dé el aire, y desde lo alto, que el aire es más puro. Que se asome al balcón el perrito todas las tardes al empezar a oscurecer. Que no lo saque la doncella; son muy distraídas, y a lo mejor ...

DELFI. *(Vivamente, y sin moverse ni quitarle los ojos.)* Yo misma sacaré al balcón a "Bel-Ami". *(Pausa breve.)* Adiós, Javier.

JAVIER. Adiós, señorita. *(Mutis foro.)*

ESCENA VI

Delfina, un momento sola, un poco abstraída acariciando al perrito cuando aparece *Milagros* por el foro.

MILAG. Josú, zeñita. ¡Qué contento va eze del perro! ¡Ma regalao un duro!

DELFI. ¿Un duro?

MILAG. Ya puede, ya. ¡Mil pezetas de gratificación!

DELFI. Calla, calla.

MILAG. ¡Mil pezetas! Ezo zí que e atá los perros con longanisa.

DELFI. Calla, te digo.

MILAG. ¡Ay, zeñita! ¿Qué paza? ¿Está usté de mal humor?

DELFI. No, deja.

MILAG. ¿Quiere uzté que encienda, zeñita? Ya va oscureciendo...

DELFI. No, no, deja; vete; vete, mujer.

MILAG. ¿Qué la habrá dao? ¡En fin!... *(Hace mutis por el foro.)*

(Delfina se mira un momento en el espejo; luego va corriendo al mirador, lo abre y se asoma con el perro.)

ESCENA VII

Delfina, Juan Antonio, y al final, *Doña María.*

(Juan Antonio entra con dos raquetas de "tennis" y un rollo de música, y enciende la luz.)

JUAN. ¡Delfina, chiquilla!

DELFI. ¡Hola!

JUAN. ¿Qué hacías? Traigo las raquetas y la música. ¿Qué haces?

DELFI. Nada. Asomada. ¡No me iba a suicidar!

JUAN. ¿Por qué me contestas así?

DELFI. ¿Por qué me preguntas qué hacía?

JUAN. ¿Y eso qué tiene de particular? ¡Ah, ya! Estás de mal humor porque has tenido que aflojar la mosca.

DELFI. ¿Qué mosca? ¡No te entiendo!...
JUAN. Mujer, supongo que le habrás largado a ése las mil pesetas, ¿eh?... ¿No me contestas? Trajo el perro, y cobró. ¿No es eso?
DELFI. Sí.
JUAN. Menos mal que te habrás cobrado tomándole el pelo, ¿verdad?
DELFI. Sí... *(Rompe a llorar.)*
JUAN. *(Dejando los bártulos que trae en la mano.)* ¡Pero Delfina! Pero, chica, ¿qué es eso?
DELFI. ¡No sé!... ¡Nervios..., alegría de haber encontrado al perrito!... No sé... ¡Déjame, déjame! *(Va a sentarse en un rincón, volviéndole la espalda.)*
JUAN. ¡Pero Delfina!... *(Gritando.)* ¡Tía, tía, venga usted!
MARIA. *(Apareciendo por la lateral.)* ¿Qué pasa?
JUAN. Lo increíble: que Delfina está llorando.
MARIA. ¡Llorando! ¿Habéis reñido?...
JUAN. No.
MARIA. ¡Pero Delfina! *(Acercándose a ella.)*
DELFI. *(Abrazándose a su madre.)* Te dije que si empezaba a llorar, nos ahogábamos todos. ¡Ya empecé, mamaíta!
MARIA. ¡Pero Delfina, por Dios!
DELFI. ¡Mamaíta, mamaíta!...

TELON

ACTO TERCERO

Otra sala de recibir, la más cerca de la puerta de entrada en casa de Delfina. Puerta al foro, y dos laterales de izquierda y derecha.

ESCENA I

Al levantarse el telón, la escena sola unos instantes, y luego salen: *Doña María,* por la lateral izquierda, a tiempo de detener a *Delfina,* que sale por la lateral derecha.

MARIA. ¿Pero vas a la calle otra vez?
DELFI. No, no voy.

MARIA. ¿Cómo que no, si tienes el sombrero puesto?
DELFI. Pues si me ves con sombrero, huelga la pregunta.
MARIA. Es que te lo pregunto porque me extraña.
DELFI. Es que no voy a salir.
MARIA. ¿Que no?
DELFI. Que no. Venía a verme este sombrero en este espejo.
MARIA. ¿Y en tu habitación no hay espejo?
DELFI. Hace aguas.
MARIA. ¡Hace frescura y cinismo! Eso es lo que hace. ¡Eh! Ya estás aprendiendo hasta a mentir.
DELFI. ¡Mamaíta!...
MARIA. ¡A mentir, sí! Te pasas el día en el balcón o en la calle. ¿Y por qué, Dios mío, por qué? Por un curandero de animales que no vale la pena, ¡y teniendo novio!
DELFI. Juan Antonio es un novio para tomar café.
MARIA. ¿Qué quieres decir?
DELFI. Pues lo que digo: que Juan Antonio se acuerda de que existo para venir á tomar café todos los días; pero por las noches...
MARIA. Por las noches, ¿qué?...
DELFI. ¡Ah! ¿Pero tú crees que a mí no me cuentan las cosas? El barón de Listadeoro me dijo el domingo que lo había visto en el Turo Park y en Parisiana, y en *La Libertad* de ayer, hablando del choque de un "autobús" con una "moto", a las tres de la madrugada, bien claro venían los nombres. En el "sidecar" de Juan Antonio no iba ninguna marquesa: "Dora Galíndez, fractura de la tibia y conmoción visceral. Dora Galíndez, General Alvarez de Castro, sesenta y dos; sus labores." ¡Sus labores!... ¡¡Más claro!!
MARIA. Esa no es una razón para que estés todo el día asomada al balcón como una mona, haciéndole muecas a ese veterinario. Las señoritas distinguidas no dan achares. Eso es de gente baja.
DELFI. Si no son achares, mamá; son coqueteos, que

eso sí que es de gente fina. Y a lo mejor pudiera ser que...

MARIA. ¿Qué, qué, qué es lo que pudiera ser?

DELFI. Pudiera ser...

MARIA. ¡Lo que no puede ser, lo que no será! No me vas a introducir en casa a ese hombre ordinario ahora.

DELFI. Dios me libre, si eso te enfada; pero puedo irme yo a la suya.

MARIA. ¿Eh?... ¿Pero estás loca?... Mira, niña, déjate de novelerías. Ni pienses en romper con Juan Antonio; porque eso, no; eso, no.

DELFI. Yo no he pensado todavía...

MARIA. ¿Cómo todavía?... ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡¡Nunca!! Sois novios toda la vida; es una cosa resuelta de antiguo, y basta. No puedes romper con Juan Antonio, y mucho menos por un cualquiera, que no tiene dónde caerse muerto.

DELFI. Pero yo sí tengo, y esa sola ya es bastante razón: la vida tiende al equilibrio.

MARIA. Y tú estás desequilibrada.

DELFI. Soy mayor de edad.

MARIA. ¡Bah! ¡Bah! Eres hija de familia, ¡y de qué familia! Tengas los años que tengas, padre y madre son siempre padre y madre.

DELFI. Desde luego; por eso dijo Dios: abandonarás padre y madre.

MARIA. Pero no dijo abandonarás a tu prometido. ¡Cómo se entiende!... Cualquiera que te oyese contestarme crería que eras una desalmada, y todas son extravagancias, ganas de hablar, y, sobre todo, ganas de oírme. ¿Es que ese veterinario pretende ahora revivir la novela de un joven pobre?

DELFI. El no pretende nada. Yo.

MARIA. ¡Claro, como que la loca eres tú!

DELFI. O la cuerda.

MARIA. Sí, la cuerda para ahorcarte.

DELFI. O para hacer títeres sobre ella, tendida entre absurdo y absurdo. No es posible vivir sin la

realidad; pero como la realidad es fea, pues me pongo a soñar con otra, y la invento. Mis novelerías son lo único agradable de mi vida. ¿Por qué no voy a fantasear un poco con mi propia vida, que a nadie le pertenece más que a mí? Soy la autora de mí misma. Así me construyo yo misma mi comedia. A ver si...

MARIA. ¡Calla, calla, bachillera! Parece que te complaces en hacerme rabiar. No se hable más de ello. Y ahora, si quieres acompañarme, voy a casa de madame Petit a probarme un sombrero, y luego me reúno con tu padre en "La Mallorquina". Anda.

DELFI. No; he dicho que no salgo, y no salgo. Para que veas que decía la verdad. *(Se quita el sombrero, que es de fácil postura, y lo deja sobre la mesa con un gesto cómico y enérgico.)*

MARIA. Pues ahí te quedas. Y a ver si rumias menos locuras. Anda, dame un beso.

DELFI. Toma dos,. Tijeretas han de ser; pero yo no te guardo rencor, mamaíta.

MARIA. *(Haciendo mutis.)* ¡Qué muchacha!...

ESCENA II

Delfina, sola. A poco, *Milagritos* y luego, *Don Román.*

DELFI. *(Poniéndose el sombrero de repente.)* ¡Pues no me quedo! *(Da unos pasos hacia la puerta del foro.)* ¿Y si me espera en la puerta y me ve? *(Dudando saca del bolsillo un sobre grande, donde tiene una carta escrita; la mira, y llama al timbre.)*

MILAG. *(Apareciendo.)* Zeñita Delfina...

DELFI. Oye, ¿tú eres capaz de ir?...

MILAG. ¡De ir a tos laos, zeñita! ¿Qué hay que hacer?

DELFI. Hay que... *(Transición.)* No, no; deja, voy yo.

MILAG. ¡Pero, zeñita, zi uzté quiere, yo!...

DELFI. No, no, deja; es mejor. *(Se dirige al foro en momentos en que entra su padre.)* ¡Ay, papá!

ROMAN. Hola! ¿Ibas a salir?

DELFI. No, venia.

ROMAN. ¿Que venías?...

DELFI. Sí, venía... de mi cuarto. Me estaba probando este sombrero. *(Se lo quita.)* Tiene este lazo muy feo, ¿no ves?, y está muy poco elegante, muy poco chic... Venía a que...

ROMAN. A que te lo viera tu madre, ¿no es eso?

DELFI. No..., a decirle a Milagritos que..., que... viera lo que tiene que componer, para que se lo llevara a la sombrerera y le explicase... que yo..., que la...

MILAG. *(Haciendo un quite a su señorita.)* La señora María no está.

ROMAN. ¿Que no está?

DELFI. Sí; digo, no; dijo que os reuníais en "La Mallorquina".

ROMAN. Sí, pero yo venía por ella; creí que no hubiera salido.

MILAG. Ahora mismito ze fué.

ROMAN. Pues nada, nada. Me voy otra vez. Hasta ahora. *(Mutis por el foro.)*

DELFI. Adiós, papaíto. *(Apenas se ha ido su padre se vuelve a poner el sombrero, con el mismo gesto cómico de siempre.)* ¡Tú *(A Milagros.)* corre, y asómate, y ve hacia dónde se dirige papá!

MILAG. En un vuelo, zeñorita. *(Mutis Milagritos foro.)*

DELFI. Fíjate bien si sube la calle o si la baja...; fíjate bien. (*Corre a mirarse al espejo.*)

MILAG. *(Que vuelve a salir.)* Zeñita, zu papá tomó un "auto" que tenía en la puerta, ze metió en él y zalió echando humo.

DELFI. ¿Echando humo?... ¡Magnífico!... ¡Adiós! *(Medio mutis.)* ¡Ah! Oye: dale su merienda a "Bel-Ami" y llévate esos figurines a mi cuarto. *(Mutis.) (Vuelve a salir.)* ¡Ah!..., y de todo esto, ni pío.

MILAG. Ni pío, ni pío. *(Delfina ha hecho mutis definitivamente.)* Que me lleve los figurines. Me los llevaré. Pero como no me ha dicho que no loz vea, pue Milagritos María Márquez loz ve

ante; na máz que ezo; zí, zeño. *(Se sienta con toda comodidad a mirar los figurines.)* ¡Vaya un zorro bonito, y de loz plateaos, argentes, que dize la zeñorita! *(Suena un timbre.)* ¡Eh! ¿Quién zerá ahora? *(El timbre suena repiqueteando un par de veces.)* Ya ya, ya va. *(El timbre insiste.)* ¡Camará, paece que los timbres tienen azogue! *(Hace mutis.)* ¡Ya va!...

ESCENA II

Las voces de *Juan Antonio* y de *Milagritos,* dentro.

MILAG. Zeñito: la zeñita ze acaba de marchá..., zí, zeñito. *(Una pausa muy larga.)* ¡Bueno, bueno está ya! No zea uzté golozo, zeñito Juan...

JUAN. *(Dentro.)* ¡Es que eres un caramelo!...

MILAG. *(Dentro.)* ¡Zeñito!...

JUAN. *(Dentro.)* ¡Qué digo un caramelo: una confitería!

MILAG. *(Que sale corriendo seguida de Juan Antonio.)* ¡Zeñito, por Dios, zeñito Juan!...

JUAN. ¿No dices que no hay nadie?

MILAG. Nadie hay, y por ezo no he gritao, porque no hay nadie..., y no me iban a oír... ¡Pero como sentirlo!... (*Se restriega los brazos.*) ¡Huy!...

JUAN. ¿Y lo has sentido mucho?

MILAG. Uzté verá, zeñito. Tiene uzté unos dedos que parecen tenazas.

JUAN. Deditos de tocador. *(Acercándose.)*

MILAG. *(Huyéndole.)* ¡Zeñito, por Dios!...

JUAN. ¡Eres de roca, morenaza! De roca, por la resistencia... *(La alcanza y la abraza.)* y por la consistencia.

MILAG. ¡Zeñito, ezto lo que ez ze una indecencia! (*Desasiéndose.)*

JUAN. ¿Eh?...

MILAG. Mía... y de uzté. A lo mejón vienen...

JUAN. *(Muy zalamero.)* Sería a lo peón... ¡Huy!... Pero no vienen. *(Acercándose a ella.)* ¡Ay, Milagritos, te digo...!

MILAG. *(Huyéndole.)* ¡No me diga uzté na!... Porque como too me lo va uzté a decir por zeñas, mejón es que no me diga uzté na. Que luego se quea escrito en mi cuerpo too lo que uzté me dice.

JUAN. ¿Me lo dejarías leer, Milagritos?

MILAG. ¡Ay! Ezteze uzté quieto.

JUAN. Es que mira...

MILAG. El que tié que mirar es uzté, ¡ea! ¡Con una novia tan guapa!...

JUAN. ¡Pero rubia!...

MILAG. ¡Mejón!

JUAN. Mejor... que otra rubia; pero tú eres morena. ¿No sabes la copla?

MILAG. ¿Cuá?... Yo zé muchas coplas. ¡Me guztan máz!... ¿Cuá?... ¿Cuá?...

JUAN. ¡Cuá, cuá!... Pareces un patito. Aquella copla que dice *(Saliendo por fandanguillos.)*:

Rubia la mujé primera,
(Recitando la copla.)
hizo Dios por un ensayo
rubia la mujer primera,
y como no le gustó
la tuvo que hacer morena.
Terminando el fandanguillo con la voz.)
¡Morena la que quieo yo!

ESCENA III

Dichos y *Delfina,* en el foro.

DELFI. ¡Y... ooolé!... ¡Muy bonito!...

MILAG. ¡Zeñita, yo!...

DELFI. Contigo no va nada. ¡Hala!... Es con el flamenco éste. *(Milagritos hace mutis.)* ¡Olé!... ¡Muy bonita la copla!...

JUAN. *(En una explosión de ira que nadie pudiera sospechar.)* ¡Te advierto que vengo furioso! ¡Que estoy furioso!

DELFI. ¡Ah! ¿Sí? Ya lo veo.

JUAN. ¡No lo ves!... ¡Lo vas a ver!... ¡Mi dignidad!...

DELFI. ¿Tu qué? ¿Tu digni...? ¡Ja, ja, ja!

JUAN. ¡¡Delfina!! ¡¡Yo no puedo soportar esto!!

DELFI. ¿Qué no puedes? ¡Juan Antonio, perdóname; pero eres una heladora!

JUAN. Pues tú eres el Guadarrama, ¡ea! Ya no se te encuentra en casa a ninguna hora.

DELFI. Eso debías agradecerme. ¡Porque lo que es aprovecharte!...

JUAN. ¡¡Delfina!! ¡¡No me desesperes!! ¡¡Entoy de vuelta de las cosas!!

DELFI. Y yo también; pero he llegado antes, y soy más fina. Yo soy de ópera, y tú de zarzuela chica. Conque si no entiendes...

JUAN. Ya lo creo que entiendo. El "Rigoletto", ¿verdad? El "Duque di Mantova", ¿verdad? "Tutte le feste al tempio", ¿verdad?

DELFI. Eso mismo.

JUAN. Pues "tutte le feste" se van a acabar ahora mismo. Yo no aguanto más. ¡Mi dignidad no me lo permite! Sé que el veterinario te corteja; sé que te escribe; sé que te asomas al balcón, con el perro, todos los dias; sé que estoy en ridículo... ¡Lo sé todo!

DELFI. Pues, chico, eres el Espasa.

JUAN. ¡Y no te creas que son celos! ¡Es mi dignidad, es el ridículo!

DELFI. Pues si es el ridículo lo único que te enfurece, menos mal. ¡Dejas de ser mi novio..., y ya no estás en ridículo!

JUAN. ¡¡Delfina!! Estoy hablando en serio. Le he escrito a ese hombre.

DELFI. ¿A Javier?

JUAN. ¡A ese hombre! ¡Yo no tengo confianza para llamarle Javier! Le he escrito una carta terrible. No me ha contestado.

DELFI. Ha hecho muy bien.

JUAN. Pero después me ha contestado.

DELFI. ¡Ah! ¿Sí?

JUAN. Sí; porque fuí a su casa; no lo encontré, insulté a la portera, pateé la puerta, insulté a la

criada... y me ha contestado enviándome esta mañana esta tarjeta. ¡Nada más! Mira. *(La saca.)* Javier Otarrial, profesor en Veterinaria, ofrece a usted sus servicios profesionales. Nada más.

DELFI. Pues te ha llamado animal, nada más.

JUAN. ¡Ah! ¡Pero!...

DELFI. Pero te lo ha llamado con muchísima gracia. No lo niegues. Siempre fuiste sincero. Te lo llamado con gracia.

JUAN. Eso, sí.

DELFI. Pues ríete... ríete. ¡Si quieres reírte, ríete!

JUAN. Bueno; yo... *(Sonríe.)*

DELFI. ¡Ah! ¡Ya sonreíste! ¡Se acabó!

JUAN. Se acabó... ¿qué?

DELFI. Se acabó. Nos reímos, somos amigos; pero no nos queremos.

JUAN. Pero ¿qué dices?

DELFI. Que no nos queremos, que somos felices ¡y que nos damos un abrazo ahora mismo!

JUAN. Pero, Delfina, ¿estás loca?

DELFI. Estoy contenta..., porque no nos queremos. Estamos contentos. *(Corriendo a él, le da un abrazo a la fuerza.)* ¡Ay, mi primito de mi alma!

JUAN. ¡Pero, muchacha, me desconciertas!...

DELFI. Verás: siéntate. Siéntate, hombre. *(Llevándole a un diván.)* Siéntate, pues, vida mía; reposa aq y un momento..., un momento de sinceridad, y vamos a ver claro a tiempo..., porque si no, estamos perdidos. *(Se sientan.)* El barón de Listadeoro...

JUAN. Pero ¿qué tiene que ver el barón?

DELFI. El barón es tonto..., y a veces los tontos dicen la verdad; y el barón dijo que no nos queríamos. Es decir: nos queremos mucho tú y yo, prima y primo; pero tú y yo, marido y mujer futuros, no nos queremos. ¡A callar! No, nos, que-re-mos. Esto era, iba a ser, debía ser, quería ser, una escena de celos. ¿Verdad? ¡Pues ayúdame a sentir! ¡Al dramaturgo que pinte

una escena de celos como ésta... lo machacan!

JUAN. ¡Pero es que...!

DELFI. ¡Lo machacan!

JUAN. Pero es que yo no hablo de celos; yo no tengo celos. Es la protesta de mi dignidad... *(Levantándose.)*

DELFI. Que no tiene nada que ver con el amor; y ya ves, mi dignidad ni siquiera protesta, y eso que te he encontrado diciéndole chicoleos a la criada.

JUAN. ¡Coplas no son chicoleos, Delfina!

DELFI. ¿Conque no son chicoleos, y le decías que querías a una mujer morena? A ver si resulta que yo soy ahora una gitana del Albaicín.

JUAN. Delfina, yo no sé cómo decirte...

DELFI. No me digas nada, que yo también lo sé todo. Sé de tus juergas, de tus trapicheos, de tus libaciones... ¡Huelo! Antes trascendías a Houbigant, a Coty, a Arys, a Guelain. Ahora eres de lo más nacional. ¡Oloroso fino gaditano! ¡¡Marrano!!

JUAN. ¡Pero Delfina! *(Acercándose.)*

DELFI. *(Huyendo hacia la derecha del escenario.)* Quita, quita; eres un cerdo..., y un cerdo a la izquierda; no vales nada.

JUAN. ¡Delfina, que no estoy para chistes malos!

DELFI. Sino para coplas buenas. Basta, basta. Y conste que yo tampoco tengo celos. ¿Pero te atreverías a disculparte de todo lo que sé y de lo que acabo de ver?

JUAN. ¡Yo!...

DELFI. Tú te callas, que hablo yo, y muy en serio, puesto que no estás para chistes malos.

JUAN. Pues en serio: perdona que antes me justifique. Si yo digo chicoleos a otras mujeres, si a veces ante una simple fámula, pero obra de Dios, y hecha con la gracia de Dios, se me van las manos...

DELFI. Ahí te esperaba. Nada, silencio. Hablo yo. Tú eres incapaz de querer a la mujer. Te gusta la

mujer, que no es lo mismo que quererla: eres hombre. Cuando hablas de mí, hablas de mis manos, de mis ojos, de mis cabellos, de mis dientes, y así, cuando hablas de las demás, eres como los demás. ¡Qué talle más bonito!, ¡qué hombros más redondos!, ¡qué curvas!, etc.

JUAN. ¡Pero Delfina!

DELFI. Cuando decís "¡Buena mujer!", "¡Buena moza!", esa bondad sólo se refiere a lo material. sólo se refiere al cuerpo, a los sentidos... ¿Y el alma?... Y el alma que la parta un rayo; no la veis, no la sabéis ver. Nos juzgáis con un criterio de chalán que va a una feria de caballos, como a animales más o menos bonitos. En cambio, el veterinario, acostumbrado a tratar con animales, es el único hombre que me ha tratado como persona. Ya lo sabes.

JUAN. Ya lo sé. *(Pausa breve.)* Delfina: franqueza por franqueza. ¿Te gusta el veterinario?

DELFI. No lo sé; pero mira: ¿te casarías conmigo mañana mismo?

JUAN. Mira, Delfinita. ¡Yo te quiero mucho, mucho, mucho! Pero...

DELFI. Pero... no te quieres casar conmigo.

JUAN. Si tú no quieres... Mira, óyeme: me dijeron que eras mi novia, y, claro, dije que sí. ¿Bonita? Eres un ángel.

DELFI. *(Reverencia cómica.)* ¡Gracias!

JUAN. ¿Buena? Otro ángel.

DELFI. *(Reverencia cómica.)* ¡Gracias!

JUAN. ¿Inteligente?... Bueno; inteligente, ni que decir tiene; si no fueras inteligente, no estaríamos hablando como estamos. ¿Cómo iba yo a decir que no quería ser tu novio? ¡Si tenerte por novia era un lujo, una gloria, un friunfo! ¡¡Yo no tuve cara para hacerte un desaire!!

DELFI. ¡Ah, canalla, y para casarte conmigo sin quererme de amor, sí tenías cara!...

JUAN. Pues... ya ves que no la tengo. Si tú me hubieras hablado, yo... ¡Tu novio para toda la vida! Antes que darte a ti un disgusto, primita,

¡solterón y comprometido para siempre! Pero tú hablas..., tú reclamas tu libertad, y como eres tú quien me deja..., pues te dejo yo también, y no me ofendo. Te quiero como un hermano; me reía mucho contigo... ¡Me alegro mucho de no buscar la ocasión de que lloremos juntos un error!

DELFI. Eres un buen muchacho, Juan Antonio.

JUAN. Que no se convierte en un mal marido.

DELFI. Rompemos el compromiso y nos queremos mucho, y... ¡servimos a la verdad de nuestros sentimientos!

JUAN. Pues mira, si así es...

DELFI. ¿Por qué te ríes?

JUAN. Mujer, la verdad, porque...

DELFI. Porque nunca habías pensado en casarte conmigo. ¿No es eso? Pues yo tampoco. Eramos novios de real orden, como dice el barón de Listadeoro, pero no queríamos dejar de ser novios nunca. ¿No es así?

JUAN. Pues, mira, chica, es verdad. Me daba pena dejar de ser tu novio, para ser tu marido. Cuando lo pensaba me decía a mí mismo: Delfina baila muy bien; Delfina juega al "tennis" muy bien; Delfina me ofrece todos los días un café muy rico. Ahora bien... cuando me case, ¿voy a jugar al "tennis" con mi mujer? ¿Voy a bailar con mi mujer? ¿Me va a saber el café de mi mujer como me sabe el café de mi novia?

DELFI. Claro está que no, y lo mejor es que nos hayamos convencido a tiempo.

JUAN. ¿De manera que, en resumidas cuentas, lo que vienes a decirme es que te casas con Javier Otarrial?

DELFI. Hombre, no tanto. Me casaría; pero papá y mamá van a poner el grito en el cielo. Ya han empezado las pullas y las reprimendas.

JUAN. ¡Ah! Pero como yo soy tu primo y soy un hombre magnánimo, yo te lo arreglo todo.

DELFI. ¡Tú! *(Muy alegre.)*

JUAN. Yo. Ser o no ser. Y herrar o quitar el banco.

¡Nada! En cuanto lleguen mis tíos se repite la escena de celos que te he hecho a ti, ante ellos, y como ellos no me van a contestar como tú...

DELFI. Ellos se van a poner por las nubes, y va a ser peor. Me llamarán, me obligarán...

JUAN. ¡Ah! Pero es que yo me declaro ofendido; digo que mi dignidad está lastimada; digo, digo cualquier barbaridad. ¿Tú me autorizas a que diga cualquier barbaridad?

DELFI. Hombre, dí lo que quieras, si ha de ser para...

JUAN. Pero vamos a ver. ¿Tú te entiendes ya con ese Javier?

DELFI. Hombre, él..., él va a la iglesia todos los días porque yo voy a la iglesia todos los días; él va al mismo cine que yo; yo me asomo todos los días con el perrito... y él está en la esquina; él le escribe cartas al perrito y pone muchos besos para las lanas del perrito y...

JUAN. Pues nada, tu primo, agradecido a esta traición por anticipado, que no es traición, te promete... complacer al perrito.

ESCENA IV

Dichos, la voz de *Milagritos*, dentro, de *Don Román* y de *Doña María;* y luego, *Doña María* y *Don Román*, saliendo.

MARIA. ¡Qué! ¿Ha venido Juan Antonio?

MILAG. *(Dentro.)* Sí, señora. Ahora mesmito llegó.

JUAN. *(A Delfina.)* Vete.

DELFI. Pero...

JUAN. Vete, déjame a mí. Yo digo una barbaridad.

ROMAN. *(Dentro.)* Toma, llévate esto a mi escritorio.

DELFI. ¿Pero de veras? *(Transición.)* ¡Ay! Está también papá.

JUAN. Vete, vete; ya te llamarán. Ahora verás.

DELFI. ¿Pero de veras me prometes...?

JUAN. Vete, vete, anda. *(Delfina ha hecho mutis definitivamente. Juan Antonio empieza a pasearse, fingiendo una gran indignación, sin hacer*

caso de Doña María, que se detiene en el foro y lo contempla un instante.)

MARIA. ¡Buenas tardes, sobrino!

JUAN. Buenas. *(Sigue paseándose.)*

ROMAN. *(Que entra y va a sentarse en un sillón, a la derecha.)* ¡Hola, Juan Antonio!

JUAN. ¡Hola! *(Sin dejar de pasearse.)*

MARIA. ¿Y Delfina?

JUAN. No sé. Por ahí... En su cuarto.

MARIA. ¿Estáis de monos?

JUAN. ¿De monos? Ella, no sé. Yo estoy de pantera, de chacal, de tigre de Hircania.

ROMAN. *(Encendiendo un cigarrillo.)* ¡Caramba, hombre, caramba!

JUAN. ¡Caramba! ¡Hem! *(Sigue paseándose, cada vez más furioso.)*

MARIA. ¿Pero se puede saber qué pasa?

JUAN. ¡Se puede, se debe y es indispensable que se sepa! ¡Ni un minuto más! ¡Así!... ¡¡Ni un minuto más!! Yo, querida tía...

MARIA. Bueno; ¿me permitirás que me quite el sombrero?

JUAN. Quítate el sombrero, tía. *(Ella se dirige a la lateral izquierda para hacer mutis.)* ¡Ah! ¡Ah! Pero vuelve.

MARIA. En seguida, sobrino. *(Hace mutis. Juan se pasea.)*

JUAN. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Hum!...

ROMAN. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Conque de mal humor? ¡Pues yo también! He perdido la elección: ni por Estepa, ni por Dos Hermanas, ni por nada. ¡Perdido!

JUAN. ¡Pues yo he perdido más, mucho más!

MARIA. *(Apareciendo sin sombrero.)* Aquí me tienes.

JUAN. *(Furioso.)* ¡He perdido mucho más, tía!

MARIA. ¿El qué? ¿De qué se trata?

JUAN. ¡¡Mucho más!! No la calma, eso no, aunque lo parezca; no el seso, ¡ah!, no, eso no, claro que no. ¡Pero he perdido el corazón!

ROMAN. *(Poniéndose de pie.)* ¡Caracoles!

JUAN. ¡¡El corazón!! El corazón que una sirena me

arrancó del pecho con zalamerías y que, envuelto en engaños y traiciones, ha arrojado por un balcón a los perros de la calle.

ROMAN. ¡Pero sobrino!

JUAN. A los perros. Y si no a los perros, a los veterinarios. Es lo mismo.

MARIA. ¡Acabáramos!

JUAN. Eso es, acabáramos. ¡¡Hemos acabado ya!!

MARIA. Pero si eso es una tontería, una ventolera de esa chiquilla... Ya le diré yo...

JUAN. Tú no le dirás nada.

ROMAN. ¡Ah, es que yo!...

JUAN. Nadie le dirá nada. La llaman en la vecindad Delfina y su perro. ¡Es horrible!

MARIA. Sí tienes razón, sobrino; pero es que...

JUAN. ¡Nada! ¿He dicho nada? ¡Pues nada! Doscientas cincuenta mil veces nada. ¡Delfina no es mi novia!

ROMAN. ¡Pero Juan Antonio!

MARIA. ¡Pero muchacho!

JUAN. Delfina no es mi novia. Yo os devuelvo su mano. Es decir, os devuelvo su palabra.

MARIA. ¡Pero considera que...!

ROMAN. Yo no comprendo.

JUAN. Yo no considero nada. He perdido el corazón. ¡Ah! ¡Pero no he perdido el honor, eso no!

ROMAN. Bueno; pero ¿me haces el favor de explicarte de una vez?

JUAN. Desde luego. Pero conste que no hablo por mi amor, sino por mi honor, por el honor de la familia. Que no hablo como novio. Que hablo en primo.

MARIA. Muy bien; pero yo quisiera...

JUAN. Habla el primo, y esperad un momento a que me serene.

ROMAN. Bien, pero...

JUAN. Ya estoy sereno. La inclinación de Delfinita...

MARIA. Mira, sobrino, todo es una bobada. Coqueteos, "flirts", como dicen ahora; gratitud por lo que él ha hecho por el perrito...

JUAN. ¿Gratitud?

MARIA. Sí...: que él le ronda la calle, que ella se deja rondar, que él escribe algunas postales al perrito...

ROMAN. Postales que ella lee, naturalmente, no las va a romper.

JUAN. ¡Naturalmente!

MARIA. Que se ven en la iglesia, sin hablarse.

JUAN. ¿Sin hablarse?

ROMAN. ¡Claro está que sin hablarse! De manera que eso que tú llamas inclinación de Delfina...

MARIA. No es inclinación.

JUAN. No es inclinación. ¡Qué va a ser! ¡Es una caída!

MARIA. ¡¡Juan Antonio!!

ROMAN. ¡¡Sobrino, mira lo que dices!!

JUAN. Lo que puedo probar. ¡Una caída! *(Movimiento de los otros.)* ¡Sí, sí, sí! Porque no se ven sólo en la iglesia.

MARIA. ¡Pero sobrino!

ROMAN. Silencio. Tú, habla, habla. ¿Cómo se ven?

JUAN. Delfina ha perdido la cabeza. Delfina ha ido, va a casa de ese hombre, lo visita.

MARIA. Eso es una calumnia. Mi hija es incapaz...

JUAN. El amor nos vuelve capaces de todo, tía.

ROMAN. Pero eso no se puede decir sin probarlo. Mi hija...

JUAN. Su hija y mi querida prima ha salido hoy tres veces.

MARIA. Dos.

JUAN. Tres, y si no, preguntárselo a Milagros. Cuando te fuiste tú...

ROMAN. Es verdad, yo la encontré con sombrero.

JUAN. ¡Ah! ¡Preguntarle a Milagros!

ROMAN. Basta. Yo no interrogo a las criadas. Yo no le puedo dar tres cuartos al pregonero. *(Gritando.)* Delfina, Delfina.

ESCENA V

Dichos, y Delfina, por donde se fué.

DELFI. *(Saliendo.)* ¡Papá!

MARIA. *(Llorando.)* ¡Hija mía!

ROMAN. Quieta, Delfina, una acusación gravísima que atañe a tu honor y al de toda la familia acaba de ser lanzada aquí, aquí.

DELFI. ¡Yo, papá!...

JUAN. ¡Delfina, no mientas!

ROMAN. Tú te callas.

MARIA. No, esto es horrible, no puede ser; Delfina, hija, toda la vida fuiste la novia de tu primo, lo sigues siendo; dime que lo puedes seguir siendo.

DELFI. ¡Yo, mamá...!

MARIA. Sus ojos son inocentes, su voz es inocente... Aquí no ha pasado nada. Te casarás, te casarás y te casarás.

DELFI. *(A Juan Antonio.)* Ya lo oyes: me casaré tres veces.

JUAN. Pero yo no seré el primero.

ROMAN. Silencio. Yo soy quien interroga. ¿Es verdad que has cometido la locura inconcebible de ir a casa de ese hombre?

DELFI. Yo...

JUAN. Yo lo he dicho.

DELFI. ¿Tú has dicho que...?

JUAN. Yo lo he dicho, yo, yo, yo que lo sé. ¡Delfina, basta de farsas! ¡Delfina, no mientas!

ROMAN. ¡Silencio! ¿Es verdad? Responde, desgraciada. ¿Es verdad?

DELFI. *(Con un hilo de voz.)* Sí. ¡Ay! *(Cae desmayada.)*

MARIA. ¡Hija mía! *(Corriendo hacia ella.)*

ROMAN. ¡Atrás! No es tu hija. No es mi hija. ¡¡Es la hija de nadie!!

MARIA. ¡Se ha desmayado! ¡Voy por un poco de sal, de vinagre!

ROMAN. Ve por un poco de honor, si tienes dónde conseguirlo.

MARIA. ¡Hijita!...

JUAN. *(Sentándose de frente al público, a otro extremo de donde está desmayada Delfina.)* ¡Miserable, miserable, miserable!

ROMAN. Eso es. Miserable. *(Abrazando a Juan Antonio.)* ¡Valor! ¡Tú eres mi único hijo!

MARIA. ¡Delfina, hija, vuelve en ti!

DELFI. ¿Dónde estoy?

ROMAN. En la vergüenza, en la infamia, en el deshonor. ¡Ah! ¡Pero te casarás con el veterinario!

DELFI. *(Con una voz melodramática de desmayada.)* ¡Que es mejor que casarse con un animal!

JUAN. *(Enfurecido.)* ¡Esa opinión!

MARIA. ¡No sabe lo que dice! ¡Delira!

ROMAN. Basta, basta. Hay que buscar a ese miserable; hay que perseguirlo, hay que obligarlo...

DELFI. *(Con la misma voz de desmayada.)* ¡No hará falta, está en la esquina; es su hora!

ROMAN. Basta. ¡Milagros, Milagros!

ESCENA VI

Dichos y *Milagritos,* por el foro.

ROMAN. *(Viendo aparecer a Milagritos.)* ¿Tú conoces a ese hombre que cura perros?

MILAG. ¿Al zeñorito Javier? Zí, zeñó.

ROMAN. Basta. Debe estar en la esquina. Ve y llámalo de mi parte. ¡De mi parte! *(Milagritos hace mutis.)*

MARIA. ¡Pero Román!

ROMAN. ¡A callar! Estas son cosas de hombres. ¡Tú, llévate a esa desgraciada y oculta su vergüenza y la tuya, y la de todos, hasta que nosotros la dejemos aquí limpia y brillante otra vez como el sol! ¡Como el sol!

MARIA. Pero...

ROMAN. Ni una palabra más.

DELFI. Vamos, mamá; vamos.

MARIA. Vamos, hija. ¡Qué horror! ¡Qué horror! *(Mutis. Doña María y Delfina por la lateral derecha.)*

ESCENA VII

Román, Juan Antonio, Milagritos y luego *Javier.*

MILAG. *(Apareciendo.)* El zeñó...
ROMAN. Que pase inmediatamente. Ahora vamos a ver.
JUAN. Te suplico, querido tío, un poquito de calma. Sería mejor que la cuestión la abordase yo solo.
ROMAN. Tú eres el novio engañado, y te puedes pelear con él en la calle; pero yo soy el padre ofendido, y lo mato antes.
JUAN. ¡Tío, por Dios, calma! Mucha calma, pero no admitas explicaciones. ¡Que no se explique, por Dios!
ROMAN. ¡Claro que no! ¡El trágala! O se casa o le quemo la sesera de un tiro. A mí... *(Javier, en la puerta.)*
JAVIER. ¡Caballero!
ROMAN. ¡Muy señor mío! Es decir, muy señor mío, no. ¡Buenas tardes!
JAVIER. *(Muy sencillo.)* ¡Buenas tardes!
JUAN. ¡Buenas tardes! Puede usted sentarse.
JAVIER. Yo...
ROMAN. Le han dicho a usted que puede sentarse. *(Sentándose.)*
JAVIER. *(Sentándose con timidez.)* ¡Muchas gracias!
JUAN. *(Sentándose a su vez.)* No hay de qué darlas.
JAVIER. La verdad, caballero...
ROMAN. Eso, caballero. Eso es lo que quisiera poderle a usted llamar. ¡Caballero! No sé si podré. Ahora lo vamos a ver.
JUAN. Lo vamos a ver. *(Delfina ha empezado a hacer señas a Javier desde una puerta lateral.)*
ROMAN. Supongo que ya sabrá usted para qué se le ha llamado.
JAVIER. Sí, señor. Me lo imagino.
JUAN. ¿Se lo imagina usted?
ROMAN. Claro, y algo más que imaginación.
JAVIER. Yo... la... *(Se distrae mirando a Delfina, que le hace señas.)*

ROMAN. Exijo que se me mire a la cara cuando se me habla.
JAVIER. Perdone usted. Yo comprendo, desde luego...
JUAN. Usted no comprende nada.
ROMAN. Le advierto a usted que estamos decididos a no escuchar explicaciones de ningún género.
JAVIER. Yo me creo en el deber de darlas.
JUAN. *(Cada vez más extrañado.)* ¿De dar explicaciones? *(Aparte.)* ¿Pero será verdad?
ROMAN. ¿Cree usted que tengo derecho a interrogarle? ¿Su conciencia le dice a usted que tengo derecho?
JAVIER. Sí, señor.
JUAN. *(Aparte.)* ¡Caracoles! Pero ¿qué es esto?
ROMAN. Pues bien: dígame usted, señor... don... don... *(Delfina sigue haciendo señas.)* Con usted hablo, señor don..., como se llame usted.
JAVIER. Javier Otarrial.
ROMAN. Pues dígame usted, señor Otarrial. Cuando un hombre, valido de su profesión y de la casualidad, logra introducirse en una casa decente y honrada y comete...
JAVIER. Estoy dispuesto a explicar mi falta.
JUAN. ¿Su falta? ¿Se burla usted?
JAVIER. No me burlo. A explicarla a usted, y a usted, y a repararla...
JUAN. *(En el colmo del asombro.)* ¿A repararla?
ROMAN. Eso, eso. Aquí le quería a usted.

ESCENA VIII

Dichos y, por donde se fueron, *Doña María* y *Delfina.*

DELFI. *(Saliendo.)* ¡Papaíto, por favor!
ROMAN. Fuera de aquí; tú no eres mi hija.
JAVIER. *(Saludando a Delfina con una venia.)* ¡Señorita!
DELFI. Un momento. Papaíto, el señor Otarrial va a acceder, seguramente, a cuanto se le proponga.
JUAN. ¿Pero esto qué es? Yo me vuelvo loco.

DELFI. Pero antes yo suplico a todos que tengan la consideración...

ROMAN. Yo no puedo tener consideración alguna antes de oírle.

MARIA. ¡Román!

DELFI. ¡Por favor! Papaíto, el señor Otarrial va a acceder a todo lo que ustedes pretendan. ¿No es verdad?

JAVIER. ¡Señorita, sus deseos son órdenes para mí! Pero, por favor, aclárenme ustedes esta situación, porque...

DELFI. Ahora mismo. *(A los demás.)* Ya lo habéis oído. Sólo pido dos minutos para hablar a solas con el señor. Ha prometido acceder a todo lo que deseáis.

JAVIER. ¿Usted también lo desea?

DELFI. Yo también.

JAVIER. Pues mantengo mi promesa.

DELFI. ¿Lo estáis oyendo?

MARIA. Pues yo creo que debemos conceder esos dos minutos que pide Delfina.

JUAN. Por mi parte no tengo inconveniente, y creo que mi tío...

ROMAN. Tampoco lo tiene; pero dos minutos. Vamos, María. Vamos, sobrino. *(Hacen mutis todos por la lateral izquierda.)* ¡Dos minutos!

ESCENA IX

Javier y *Delfina*, y a poco, *Milagros*, por el foro.

DELFI. Javier, usted perdonará...

JAVIER. ¡Por Dios, señorita! Usted es quien debe perdonarme; todos deben perdonarme si he cometido...

DELFI. ¿Qué ha cometido usted?

JAVIER. La carta...

DELFI. ¿Pero ha recibido usted ya mi carta? Si la acabo de echar.

JAVIER. ¿Su carta? Yo me refiero a la mía. A la que deben de haber interceptado, a la que deben de haber leído aquí.

DELFI. ¿Me ha escrito usted?

JAVIER. Sí, hace una hora envié con un botones una carta y vine a la esquina como siempre, y cuando vi que usted no aparecía en el balcón y que me llamaban, comprendí...

DELFI. La que no comprende absolutamente nada soy yo. Hace un instante, deseando aclarar algo que usted no quería adivinar, yo me atreví...

MILAG. *(Apareciendo.)* Zeñita...; zeñita Delfina... (uzté perdone, caballero), pero ahí está un contine con esta carta para uzté, y quiere que le firmen el recibo.

JAVIER. Es mi carta. *(Quitándosela a la chica.)* Démela usted.

MILAG. ¡Que quieren el recibo!

DELFI. ¡Firmalo tú, y vete! *(La criada vacila.)* ¡Que lo firmes tú! ¡Hala! *(Milagritos hace mutis.)* ¡Venga mi carta! *(A Javier.)*

JAVIER. ¡Ya, no, señorita!

DELFI. ¡Ya, sí!; y, además, no me maree usted con tanto señorita para arriba y para abajo. Me llamo Delfina, y venga mi carta.

JAVIER. ¡Pero es que, señorita!...

DELFI. ¡Delfina, Delfina!...

JAVIER. Pues bien, Delfina: es que mi carta ya no tiene objeto.

DELFI. ¿Pero es tan malo lo que me dice usted en ella?...

JAVIER. ¿Malo?... ¡Es... todo lo que usted debió haber adivinado! ¡Todo lo que yo no me he atrevido a decirla de palabra!... Comprendo que no debí escribir nunca esta carta, y por esto no quiero entregarla. Perdóneme usted. Ha sido un mal sueño del cual despierto ahora.

DELFI. ¿Sí?... ¿Y si yo quisiera que siguiéramos soñando?

JAVIER. ¡Delfina!...

DELFI. ¡Javier!...

JAVIER. ¡Pero...!

DELFI. ¡Venga mi carta, y vaya usted a hablar con papá!

JAVIER. ¿Yo?...

DELFI. ¡Sí, hombre, sí! ¡Usted!!... ¡Vaya a hablarle, y no le dé tiempo a que le haga reproches n' cargos, y dígale usted a él!...

JAVIER. ¡No se burle usted, por favor!...

DELFI. No me burlo, tonto; no me burlo, Javier. Anda, ve a decirle a papá...

JAVIER. ¡Delfina!...

DELFI. ¡Eso, así, con esa voz, con ese tono! Ve a decirle a papá que quieres casarte con Delfina... *(Javier la mira; le entrega la carta; le coge una mano, que besa, y hace mutis. Delfina empieza a leer la carta. Empieza sonriente; se va poniendo seria; deja un momento de leer y se lleva una mano a los ojos, llorando en silencio.)*

ESCENA ULTIMA

Delfina, Juan Antonio y después *Doña María.*

JUAN. ¿Pero me quieres explicar?... ¿Es que era verdad?... ¿Es que me has engañado?...

DELFI. ¡No, Juan Antonio!... ¡Es que no hemos querido engañarnos nosotros, ni tú ni yo! ¡Es su primera carta de amor, y a ti voy a deberte la felicidad!...

JUAN. ¿Te doy un abrazo de primo, de amigo, de hermano?...

DELFI. ¡Eres muy bueno, Juan Antonio!... ¡Eres muy bueno!... *(Le estira las dos manos.)* ¡Ya ves!... *(El la coge las dos manos y se las estrecha. Doña María aparece en ese momento.)*

MARIA. ¡Hija, hijita de mi alma!... ¿Pero cómo...? ¿Llorando?...

DELFI. ¡Pero no de pena!... ¡El amor no se ríe, mamá, y ha llegado el amor!...

TELON

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid